CURSO DE FORMACIÓN

MINISTERIAL

CONSEJERÍA

La otra cara del discipulado

CONSEJERÍA

Gordon D. Pike

Editorial CLIE

Galvani, 113

08224 TERRASSA (Barcelona) España

Email: libros@clie.es

Web: http://www.clie.es

CONSEJERÍA: LA OTRA CARA DEL DISCIPULADO

© 2000 por el autor: Gordon D. Pike

Depósito Legal: B. 49.161-2000

ISBN 84-8267-147-2

Clasifíquese: 440 Pastoral--Consejería pastoral

C.T.C. 01-05-0440-14

Referencia: 22.42.85

CONSEJERÍA

La otra cara del discipulado

Gordon D. Pike

editorial clie

Dedicatoria

A mi preciosa esposa,

Norma,

y a mis tres hijos,

Anthony, Jennifer y Ruthann.

He aprendido más de la vida

y del amor y misericordia de Dios

por medio de ustedes

que jamás podría aprender en una aula de clase.

AGRADECIMIENTOS

- A mi querido profesor de consejería, el Dr. Marvin Penner del Briercrest Biblical Seminary en el Canadá. Gracias por su tremendo ministerio de enseñanza en mi vida.

- Al hermano Dr. Larry Crabb por escribir libros que han influido mi vida y pensamiento de manera definitiva.

- A mi querido exalumno Ricardo Fredes, por haberme animado en este proyecto y por empezar la obra de corregir el manuscrito.

- A mi hermana, amiga y colega, Lilián Mezquida, por pasar largas horas en corregir el manuscrito y poner en forma entendible el español de este servidor anglosajón.

- A todos mis alumnos de Consejería Cristiana y Consejería Pastoral del *Río Grande Bible Institute* por su participación en clase, lo cual me ha ayudado de manera tremenda a refinar las ideas y conceptos de este libro.

Contenido

Prefacio

Unidad 1

Fundamentos bíblicos de la consejería cristiana

Introducción a la Unidad 1

1. La dignidad del hombre
2. La depravación del hombre
3. La redención del hombre
4. La restauración de la vida

Unidad 2

Conceptos científicos de la consejería cristiana

Introducción a la Unidad 2

5. Anhelos personales inherentes
6. Capacidad racional
7. Autoimagen esencial
8. Capacidad volitiva
9. Capacidad emocional
10. Responsabilidad personal: el arrepentimiento
11. La meta de la consejería: el ministerio a otros

Unidad 3

Métodos del ministerio de aconsejar

Introducción a la Unidad 3

12. Escuchar
13. Preguntar
14. Afirmar
15. Confrontar
16. Advertencias y precauciones
17. El entendimiento de la consejería como la otra cara del discipulado

Prefacio

Recuerdo el sentimiento de desesperación, incapacidad y frustración que llenó mi corazón en este momento. Con sinceridad y consternación el joven venezolano me habló de su lucha con la homosexualidad. Yo sabía muy bien cómo dirigirle a aceptar a Cristo como su Señor y Salvador, pero no tenía ninguna idea de cómo aconsejarle en el dolor, frustración y confusión que experimentaba diariamente. En el transcurso de los próximos nueve meses pasábamos largas horas tratando sus problemas, luchas y emociones. Por el hecho de ser su pastor, la esperanza suya, la de la iglesia, y aun la mía era que debería tener respuestas para él y para los otros que buscaban mis consejos casi diariamente. Podía dar algo de consejo, y consuelo útil, pero más que nunca sentía que estaba aplicando curitas espirituales a heridas muy abiertas. Sentía una incapacidad profunda cuando intentaba utilizar lo que sabía teológicamente al tratar con los gritos brutales del alma humana.

Me pregunto, si ésta ha sido mi experiencia, ¿no es posible que otros pastores, que conocen bien al Señor y que aman a la humanidad, se sientan igual? Yo creo con todo mi corazón que el Evangelio es eficaz para efectuar la redención y santificación de cualquier ser humano. Pongo mi confianza en la fe de que el Espíritu Santo puede transformar por completo la vida de cualquier persona que invita a Jesucristo a entrar en su vida y tomar su control. Pero todos sabemos que el nuevo convertido necesita el discipulado, que necesita crecer. Demasiadas veces en nuestro mundo moderno hay que tratar problemas confusos y difíciles antes de que la persona pueda crecer. Así, la consejería es la otra cara del discipulado. La meta es la misma, que la persona crezca como un discípulo maduro de Jesucristo, que se conforme más y más a su imagen. Este libro pretende presentar unas aclaraciones sencillas, y unas herramientas útiles para el pastor o laico que quiere ayudar a los heridos y desesperados de este mundo para llegar a ser verdaderos discípulos de nuestro Señor.

No soy psicólogo. Por tanto, este libro no es un texto de la psicología. Como consejero Cristiano pastoral, sé que la psicología es una mezcla de cosas buenas y malas, de verdades útiles y de falsedades destructivas. No tengo temor de la psicología, sino más bien quiero pasar sus muchas, y a veces contradictorias, afirmaciones a través del filtro de la verdad Bíblica. Sin disculparme, yo creo que la Biblia es inspirada por el Espíritu Santo y sin errores en sus manuscritos originales. También afirmo que «toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2ª Timoteo 3:16–17). Entonces, no se encuentra una herramienta más útil para

el consejero cristiano, ni existe una autoridad más grande que las Sagradas Escrituras. Sin embargo, la Biblia no habla específicamente sobre cada problema y cada situación humana. Así, lo que la antropología, la psicología y la sociología han descubierto acerca de los humanos, pueden ayudarnos a tratar con más precisión problemas específicos, siempre y solamente cuando estén sujetos a la autoridad bíblica. La Biblia provee el marco, o los parámetros dentro de los cuales la ciencia puede informarnos y contribuir a nuestro ministerio de socorro a nuestros semejantes.

La presente obra pretende proveer al pastor y obrero laico fundamentos sencillos para capacitar su ministerio de consejería. Empieza con cuatro verdades bíblicas que tienen que establecer el cimiento de nuestra filosofía de aconsejar. Luego construimos encima de este cimiento unas teorías científicas acerca del desarrollo humano. Al final del libro se encuentran unas sugerencias sobre técnicas de la consejería. La tentación se puede presentar al lector, pasar por alto los primeros capítulos, para llegar inmediatamente a la parte más práctica de los procedimientos del ministerio. Pido al lector que no lo haga. Las bases bíblicas y el entendimiento del ser humano son mucho más importantes que los métodos de aconsejar. Cada situación es diferente y se aplica la verdad de diferente manera a distintas circunstancias. Pero, la Palabra de Dios no cambia, su autoridad es vigente siempre. Las técnicas van a cambiar, maneras de aplicar las verdades bíblicas variarán según la situación, pero la Verdad que empleamos jamás cambiará.

El ministerio del Espíritu Santo en nuestra vida y en las vidas de nuestros aconsejados es indispensable. Él es el Consejero que Jesús envió (Juan 16:7–11). Los consejeros humanos tenemos el privilegio de ministrar como colaboradores suyos, siempre bajo su control y dirección.

Humildemente ofrezco esta obra a mis hermanos alumnos, pastores y líderes en las iglesias del mundo hispano no como la obra definitiva sobre la consejería bíblica, sino como un grano de arena, que pretende apoyar el ministerio del Cuerpo de Cristo a nuestro mundo dolido.

Unidad 1

Fundamentos bíblicos de la consejería cristiana

Introducción a la Unidad 1

Podemos comparar el estudio y entendimiento de la consejería cristiana como la construcción de un edificio. Es necesario poner un buen cimiento antes de empezar la construcción de la estructura. Para que nuestra forma de aconsejar sea cristiana tiene que tener bases bíblicas. Sin embargo, la Biblia no es principalmente un manual de consejería, ni pretende ser un texto de psicología. No habla de una gran cantidad de problemas personales y relacionales que enfrentan los seres humanos modernos. Mucho menos, da soluciones específicas a patologías complejas. Sin lugar a dudas, creemos en el Evangelio, y nos fijamos en la seguridad de que Cristo salva y da la nueva vida a cualquiera que venga a Él. Cristo salva y santifica, pero Dios dejó en las manos de ministros humanos el trabajo de ayudar a nuestros semejantes a salir del hoyo para glorificar a Dios. Esto requiere un conocimiento sólido de lo que la Biblia dice sobre el hombre, un conocimiento sólido del propósito de Dios para el hombre, y un entendimiento de cómo el hombre piensa, toma decisiones y llega a comportarse de ciertas maneras.

La Unidad 1 aspira a recordarnos lo que la Biblia dice sobre el hombre, y lo que nos dice sobre el propósito de Dios para éste. El primer capítulo explica una verdad bíblica que forma el primer cimiento. Los otros tres capítulos hablan de los cimientos, en el orden en que debemos entenderlos. Los cimientos son: la dignidad del hombre, la depravación del hombre, la redención por Dios, la restauración por Dios. Estos cuatro fundamentos bíblicos forman los cuatro cimientos sobre los cuales edificaremos nuestro edificio de la consejería cristiana.

Capítulo 1

Base bíblica 1: La dignidad del hombre

Para entender a la raza humana bíblicamente es menester empezar por el principio de su historia, según la Biblia. En otras palabras, podemos decir que entendemos mucho acerca del hombre al considerar su creación. La meta de la consejería es participar con Dios en la restauración de las vidas perdidas. Tal cooperación necesita entender el ideal divino en cuanto al hombre. Encontramos este ideal en el diseño original.

Génesis 1:26–28 nos habla de una decisión divina, increíble. Dios decidió crear una criatura a su propia imagen, conforme a su semejanza y permitir a esta criatura señorear sobre el resto de su creación. Usted y yo somos los resultados. También el borracho en la calle, el abusador de niñas, el homosexual, la muchacha con anorexia y el padre dictador de su familia son los resultados de esta creación extraordinaria.

Lamentablemente, la historia del hombre no termina en lo ideal… En el siguiente capítulo tendremos que ocuparnos en la triste meditación sobre la caída del hombre en el pecado y la resultante depravación de la raza. Pero, por unos minutos, disfrutemos de la gloria y el esplendor de la creación original. Parece que, como evangélicos, estamos tan ansiosos de convencer al mundo del pecado, que nos olvidamos de qué estado cayó el hombre. Con buena intención queremos que nuestros semejantes reconozcan su pecado para que puedan aceptar la solución, la redención de Cristo. Pero, para entender el horror del pecado, y el valor de la redención hay que comprender lo que perdimos en la caída. Si no somos más que otro animal, un poco más avanzados que los demás, el pecado no es una cosa grande. La caída se representa nada más que un desafortunado incidente en el desarrollo del hombre. Pero, si como creemos nosotros, somos criaturas, creados a la imagen de Dios, con el propósito de reflejar su gloria y señorear sobre la tierra como virreyes de Dios, la caída es la catástrofe más grande de la historia. Algo inherente al hombre, básico a su naturaleza, la imagen de Dios fue estropeada, distorsionada y pervertida. Para entender el pecado y la redención, hay que entender esto.

Además, el entendimiento de la magnificencia de la creación del hombre es fundamental para el entendimiento de la necesidad y esperanza de la Consejería Cristiana. Si el hombre no es una creación especial, con una dignidad dada por Dios, no vale la pena ayudarle. Si no tiene valor intrínseco y eterno ¿para qué gastar tiempo, energía y recursos en su rescate? Ahora, considere la pregunta perturbadora, ¿por qué Dios sacrificó a su único Hijo para hacer posible su

rescate? ¡No! El Evangelio, la redención y el ministerio de la Iglesia por este mundo solamente tienen sentido, cuando reconozcamos el valor de cada hombre por ser una creación especial de Dios a su propia imagen.

Dios creó al hombre a su propia imagen, con un propósito especial de señorear sobre la creación y llenar la tierra. Esto da al hombre una dignidad y valor duradero. El pecado estropea la dignidad. A veces es difícil encontrar el valor debajo de las capas de la suciedad moral y personal que el pecado deja en la persona. Sin embargo, cada persona es creada a la imagen propia de Dios y por eso posee una dignidad y valor intrínseco que nada ni nadie le puede quitar.

Entender esto, no es igual a la idea moderna de una chispa de bondad universal que posee cada ser humano. Por ejemplo, en el sistema de la psicología que desarrollaba Carl Rogers, el consejero necesita ayudar al aconsejado a descubrir la esencia buena que existe en él y fomentarla. Este modelo de la psicología rehúsa reconocer el pecado y busca nada más que lo bueno adentro del aconsejado. ¡Jamás propondríamos esto! El trabajo de la consejería no es solamente afirmar la dignidad del aconsejado y pasar por alto su pecado. Sin embargo, no podemos comprender el horror del pecado, si no entendemos primeramente la dignidad del hombre arruinada por el pecado. La perversidad del pecado se ve claramente cuando la contrastamos con la perfección del diseño original.

Examinemos detalladamente unos versículos en Génesis 1 y 2 para recordarnos de cómo era la raza humana originalmente. Volvamos a los versículos a los cuales hice referencia anteriormente. Génesis 1:26–28 hablan de la decisión divina y subsecuente creación del hombre. Dios decidió crear al hombre a su imagen, conforme a su semejanza. ¿Qué significa esto? Quiere decir que como humanos reflejamos algo de la gloria, el carácter y los atributos personales de Dios.

Hay dos cosas que son de suma importancia entender. La primera es que Dios creó al hombre a su imagen, para reflejar lo que Él es, no nos creó como unos dioses pequeños. La dignidad del hombre no es divinidad. Fuimos creados para rendir gloria al Dios Soberano. Las ideas corrientes de divinidad humana pretenden despojarle de su gloria, no rendirle gloria. Por ser semejante a Él, pero no igual a Él, nuestros padres originales en su condición de humanidad perfecta, rindieron gloria perfecta a Dios. La segunda cuestión que tenemos que clarificar es lo que pasó a la imagen divina cuando entró el pecado a la raza (hablaremos de este asunto de manera más profunda en el siguiente capítulo). Para la discusión del momento, basta decir que la imagen de Dios en el hombre fue estropeada, distorsionada y pervertida, pero no extirpada por la entrada del pecado.

Entonces, ¿cómo se proyectaba el reflejo de Dios en el estado prístino del hombre? Una de las maneras principales se revela en la frase «*Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza» (énfasis del autor). Dios existe en tres personas, que se comunican, y se relacionan. De manera semejante, Dios creó al hombre para relacionarse. Sobre todo Dios creó al hombre para relacionarse con Él mismo. Parece que Dios quería extender el círculo de compañerismo en la que los miembros de la Trinidad disfrutaran y tuvieran compañerismo con la criatura humana. La inferencia de Génesis 3:8 es éste. "Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; ..." Parece que la costumbre de Jehová era pasar tiempo cada día en el huerto con su creación. En segundo lugar, Dios creó al hombre para relacionarse con sus semejantes. Esto, pues, es el significado de la historia que se encuentra en Génesis 2:18–25:

> *Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él. Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él. Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne, esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.*

Consideremos algunas cosas significantes de esta historia tan interesante. Aquí encontramos los orígenes de las relaciones humanas, el origen del matrimonio y el dibujo de la perfección en las relaciones humanas, particularmente en la relación matrimonial. Como consejeros, tratamos día tras día con relaciones rotas y matrimonios quebrantados. No podemos permitirnos pasar por alto las riquezas de estos versículos.

Primeramente hay la declaración de Dios que no es bueno que el hombre esté solo y que iba a hacer la ayuda idónea para él. Luego viene este comentario, que causa perplejidad, sobre el nombramiento de los animales. Parece un comentario parentético, ¿verdad? Cuando Moisés relató esta historia, ¿por qué no pasó directamente del versículo dieciocho al veintiuno? ¿Sería posible que,

como anciano, era un poco olvidadizo y se desvió en su relato? ¡Creo que no! Estoy seguro que ocurrió exactamente lo que Moisés, inspirado por el Espíritu Santo, cuenta, aquí. Los versículos diecinueve y veinte no son parentéticos, sino esenciales en la historia. Dios reconoció el déficit del hombre sin compañera. Había creado cada especie como pareja. Sabía exactamente a quién iba a crear como la ayuda idónea para Adán, y cómo iba a hacerlo. Pero, antes pasaron todos los animales delante de Adán para que pudiera darles nombre. ¿Por qué? Hay dos razones principales, una de las cuales es más pertinente a nuestra discusión.

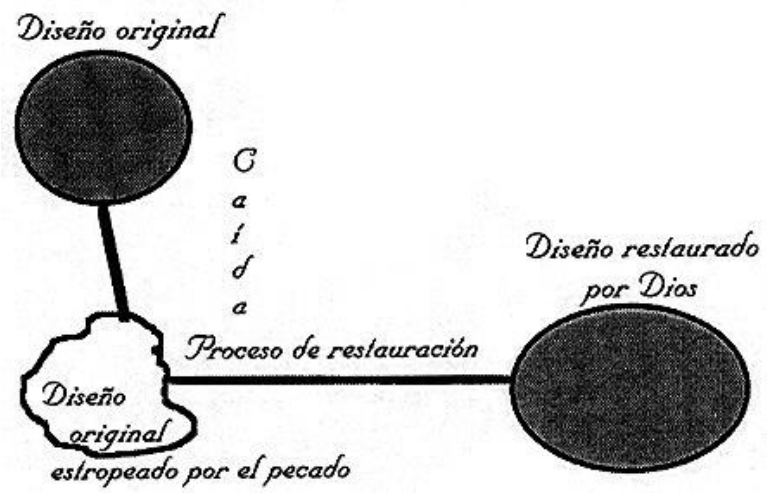
Adán debía dar nombre a todos los animales para tomar dominio sobre ellos como parte del cumplimiento de la comisión del capítulo 1, versículo 28. Pero, la otra razón es más significativa para la consideración actual. Mientras que Adán veía todos estos animales llegó a su corazón un concepto conmovedor. Reconoció, lo que Dios sabía: ¡Él estaba solo! Cada animal que pasaba tenía su pareja, «mas para Adán no se halló ayuda idónea para él». El texto sigue: «Entonces Jehová hizo caer sueño profundo», etc. Enseguida que Adán se dio cuenta de que estaba solo y no tenía ayuda idónea, Dios hizo el milagro de crear a la mujer.

Hay varios significados que podemos concluir de esto. Por supuesto, vemos aquí el significado del matrimonio, el valor de la mujer y la interdependencia de los sexos. Pero, hay algo aún más básico. Dios creó al ser humano para tener relación con otros seres humanos. El ser humano nunca fue creado para estar solo, tampoco para vivir aislado ni para desarrollar la independencia fuerte que llega a ser siempre más fuerte en nuestro mundo moderno. Dios creó al hombre para relacionares el uno con el otro. En sus relaciones Dios le creó digno, respetuoso y con una intimidad preciosa.

La mayoría de los problemas por los cuales las personas buscan consejería tienen que ver con algún aspecto de las relaciones entre personas. Vemos relaciones rotas entre padres e hijos, matrimonios sufriendo, abusos sufridos de parte de los padres, madres, otros familiares, amigos y jefes. Vemos luchas fuertes entre hermanos en Cristo. Y la lista sigue con caso tras caso de problemas graves relacionales. Si vamos a aconsejar a nuestros semejantes en sus problemas relacionales necesitamos recordar el ideal de lo relacional que Dios creó. Dios creó relaciones humanas buenas, el matrimonio perfecto, la interdependencia y paz. Vemos persona tras persona cuyas relaciones parecen muy diferentes. Si vamos a ayudarles a cambiarlas y mejorarlas necesitamos tener una visión de lo que podría existir. No hay ideal más grande de lo que Dios creó originalmente.

Anteriormente escribí acerca de la intimidad preciosa que hubo entre el hombre original y su esposa. Veamos esta intimidad en un versículo que tendemos a pasar rápido, el versículo veinticinco de este capítulo. Por supuesto, la desnudez de Adán y Eva era una desnudez física y sana que demuestra su inocencia antes de la entrada del pecado. Pero, también demuestra una franqueza que había en su relación. Vivían juntos, sin barreras, sin máscaras, sin disfraz. Podían, en su inocencia, relacionarse de manera honesta, abierta y franca sin la necesidad de esconderse, aún detrás de la ropa. Por supuesto, no estoy recomendando la vida nudista, tampoco que debemos buscar una colonia nudista para vivir. Pero, en este capítulo estamos considerando el ideal de la creación original. Este versículo nos da otro vislumbre de lo ideal de las relaciones, sin los estorbos del pecado

Debemos evitar el error de ver solamente lo perverso del aconsejado sin considerar sus orígenes más fundamentales. Consejero, cada persona que busca la ayuda suya es un ser creado a la imagen de Dios, creado para rendir gloria al Dios soberano, creado para relacionarse con Dios, creado para relacionarse con sus semejantes y creado para señorear en la tierra. Es esto lo que da esperanza al trabajo de aconsejar. Porque la vida de esta persona fue creada con valor y dignidad hay esperanza de su restauración. Mientras que nos metemos en los detalles tristes, perversos y retorcidos que nos presentan la consejería, tenemos que mantener la visión de algo más grande. Dios creó a esta persona a su imagen, y por medio de su poder, puede y quiere restaurar tal imagen. Lo hace progresivamente por medio del crecimiento espiritual, lo que la teología le llama el aspecto progresivo de la santificación. 2 Corintios 3:18 comunica claramente la intención de Dios para el cristiano. Esta intención necesita constituir la meta sobresaliente de la consejería. «Por tanto, nosotros todos mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, *somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen como por el Espíritu del Señor*» (énfasis del autor). Así, vemos un dibujo conciso de la meta y proceso de la consejería. Un diagrama puede ayudarnos a entender lo que la consejería Cristiana pretende realizar en la vida del aconsejado.



Regresemos a la historia del joven homosexual que relaté en el prefacio. Debido a mi trasfondo familiar, para no mencionar mis convicciones cristianas y mis sentimientos varoniles, francamente la homosexualidad es algo que me da un asco profundo. Aun la idea de los asuntos que este joven me contaba eran repugnantes para mí. Sin embargo llegué a amarle como a un hijo. Bueno, de ninguna manera puedo jactarme sobre esto. Fue el Espíritu Santo quien me dio un amor no natural para este joven. Pero, un caso de esta índole nos presenta la necesidad de ver más que la repugnancia del pecado, para ver la dignidad de la criatura de Dios.

Empezamos con la dignidad del hombre, para recordarnos de su estado original. Queremos ver esta dignidad fundamental debajo de las capas de suciedad que el pecado deja en la vida. Y con todas las limitaciones con las cuales tenemos que trabajar, queremos llevar al aconsejado un poco más cerca a la restauración del ideal original.

Pero, lamentablemente no podemos terminar con la dignidad. Nuestros antepasados pecaron, y todos en ellos pecamos también. Ahora, el pecado es la realidad humana. En el próximo capítulo necesitamos explorar el significado de la depravación del hombre para la consejería.

Capítulo 2

Base bíblica 2: La depravación del hombre

¡Cuán bella sería la historia humana si la Biblia terminara con Génesis capítulo dos! Dios creó al hombre, digno, honroso, un perfecto reflejo suyo. Vivían en perfecta harmonía en el verdadero paraíso. Esto era el propósito de Dios y su diseño original para nuestra raza. Parece como un sueño lejos de la realidad que vivimos.

La entrada del pecado al mundo cambió todo. Inmediatamente cuando Adán y Eva pecaron, la imagen divina fue estropeada, la dignidad fue distorsionada y las consecuencias del pecado que padecemos hasta hoy día comenzaron. Es menester entender estas consecuencias en el contexto de la consejería bíblica. Si no fuera por el pecado y sus efectos no habría necesidad de la consejería. La meta sobresaliente de la consejería bíblica es cooperar con Dios en la obra de restaurar la imagen suya, y restituir al hombre a su diseño original. Si fuéramos competentes como consejeros tendríamos que comprender cómo el pecado ha afectado cada aspecto de la vida humana. La magnífica imagen de Dios, las preciosas relaciones humanas y el vínculo entre Creador y criatura, todos llevan la mancha del pecado.

Consideremos, pues, las consecuencias pecaminosas como aparecen en Génesis capítulo tres. La pareja original decidieron actuar fuera del plan de Dios. Dios les había creado sin necesidad. Fueron honorables, sin falta alguna, reflejos cristalinos de Dios, verdaderos señores de la tierra. Disfrutaron el compañerismo perfecto, la harmonía sin impedimentos y la comunión de Dios. Sin embargo el Tentador sembró la idea de que su situación era menos que idílica con la declaración (v. 5), «sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal».

Ahora, recordemos que tenían una relación perfecta con Dios. Podrían preguntarle, «Padre, ¿hay algo que debemos saber sobre el bien y el mal?» Pero no confiaron en Dios, sino escucharon a la serpiente y decidieron que tenían una necesidad que debían suplir por ellos mismos. Así actuaron en independencia de Dios, tomaron el fruto y lo comieron.

Dios creó al hombre para relaciones. Una de las principales consecuencias del pecado es su influencia negativa sobre las relaciones humanas. Observamos el comienzo de estos efectos en Génesis 3.

Primeramente el pecado dañó la relación entre Dios y el hombre. Dios había provisto todas las necesidades del hombre. Vivía en el paraíso. Tenía comida,

trabajo, propósito, dignidad, inteligencia, seguridad, compañerismo y amor. Era dependiente de Dios, pero así Dios le creó, y así su vida funcionaba perfectamente. Veamos lo que le pasó a esta relación dependiente e idílica cuando el pecado entró.

Como hemos visto, Adán y Eva tomaron la decisión de comer del fruto prohibido. Decidieron no creer en la palabra de Dios, sino creyeron a otra criatura, la serpiente. No consultaron a Dios sobre el asunto, sino confiaron en sus propias percepciones (v. 6), y actuaron independientes de Dios. Desde entonces el ser humano ha sido intensamente independiente. Hay un compromiso intrínseco en el pecaminoso corazón humano para hacer las cosas por sí mismo. Hasta que aun la palabra dependencia suena como debilidad. ¿Cómo fue su reacción cuando usted leyó el último párrafo? Allí hablamos de la vida humana original, ideal, perfecta y dependiente. ¿No suena paradójico hablar de la vida ideal y dependiente? Hay algo dentro de nosotros que se rebela contra la idea de depender de alguien o algo.

Soy norteamericano. Nací en los Estados Unidos de América, crecí en el Canadá y actualmente vivo en los E.U.A. La independencia es uno de los ideales fuertes de los norteamericanos. Su herencia es la gente que vinieron de Europa y otras partes para conquistar una tierra nueva. Nuestros antepasados fueron gente que confiaron en sí mismos. En la mente norteamericana las personas dependientes son personas débiles. Sin embargo esto no es la idea de Dios. Él nos creó dependientes de Él e interdependientes el uno del otro.

Lamentablemente, la independencia humana se extiende aún hasta la relación con Dios. Tal como nuestros padres originales tomaron su decisión de pecar fuera de Dios, nosotros vivimos y actuamos la mayoría del tiempo fuera de Dios. Como si fuera débil buscar ayuda o depender de otra persona, hay una reacción fuerte dentro de nosotros de no buscar la ayuda de Dios, o depender de Él. Lo triste de esto es que nuestra independencia nos mantiene separados de Dios. Hay otra palabra que podríamos usar para esta independencia. Es el egoísmo. Cuando Adán y Eva pecaron tomaron una decisión egoísta. Hasta hoy, todos nosotros, sus descendientes, hemos tomado nuestras decisiones egoístas, independientes de Dios.

Dios creó al hombre para relacionarse con él y sus semejantes. Ya por medio del egoísmo e independencia del hombre, la relación con Dios se interrumpió. Lea el triste versículo ocho.

«Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.» Parece que Dios tenía el hábito de llegar al huerto y pasear con sus criaturas. ¿No le parece utópica la idea de pasear con Dios, el Creador,

en un huerto perfecto, a la hora precisa cuando el aire es más fresco? ¡AHHH!… Pero, espere. No les pareció tan agradable a Adán y Eva. Cuando oyeron la voz de Dios, huyeron de Él y se escondieron de su presencia. Tenían miedo de Dios, y no pudieron aguantar su presencia. Hasta hoy día la humanidad ha huido y se ha escondido de la presencia de Dios. Dios creó al hombre para tener compañerismo con él. Pero ya le vemos persiguiendo a su creación, y al hombre huyendo de su presencia. Muchos hombres y mujeres se esconden de Dios detrás del alcoholismo, adicciones, perversiones sexuales, enojo, amargura, trabajo excesivo, anorexia, bulimia, o la búsqueda del dinero, fama o poder. Estas cosas brotan en pleitos, familias destruidas, corazones quebrantados y personas destruidas. Si quitamos todos los escombros de la vida arruinada, si eliminamos las cosas que el hombre usa para esconderse, encontramos al hombre o a la mujer desnuda, sola, temblando por miedo de oír la voz de Dios. La misma voz de Dios todavía llama a la humanidad, «¿Dónde estás tú?» Y el hombre se esconde de la voz divina.

Pero, los efectos del pecado sobre la relación del hombre con Dios no terminaron con la huida del hombre. En el versículo 10 el hombre confesó su miedo a Dios. Parece irónico cómo la criatura podría tener miedo de su propio Creador. No obstante, todavía es Dios quien tiene la solución de las necesidades de millones de personas que le temen y quieren esconderse de Él.

Además, el hombre ya tiene la insolencia de echarle la culpa del problema a Dios. Cuando Dios le preguntó si le habían desobedecido, la respuesta en el versículo 12 es «la mujer *que me diste por compañera* me dio del árbol, y yo comí» (énfasis del autor). ¡Interesante! En el capítulo 2 versículo 23 había dicho, «esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne, será llamada Varona, porque del varón fue tomada». Palabras que alaban a Dios por su regalo y dan dignidad, aceptación y honra a la mujer. Pero, después que pecó, las palabras cambiaron a palabras de desprecio y culpa. «Dios, no soy yo el culpable, es la culpa de esta mujer, y fíjate, realmente es la culpa tuya, tú la creaste y me la diste.»

Cuán lejos del original llegó el hombre por medio de un solo acto pecaminoso. La relación con Dios de compañerismo, confianza y dependencia nunca sería igual. Pero también, Dios creó a la humanidad para relacionarse el uno con el otro. Esto también fue afectado.

Como vimos antes, el versículo 25 del capítulo 2 es un bello versículo. Vemos allí la comunicación y comunión perfecta entre el hombre y su esposa. No hay barreras, disfraces ni inhibiciones en la completa intimidad, en la comunicación y comunión conyugal. Estaban desnudos sin sentir vergüenza. Pero, ¿qué pasó cuando el pecado entró a la raza humana? En contraste con este versículo

encontramos el versículo 7 del capítulo 3 como triste y feo. «Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.» Con la entrada del pecado, la intimidad, abertura y comunicación entre el hombre y su esposa fueron empeñados con la vergüenza, temor y desconfianza. Aquí vemos al esposo y a la esposa sin la confianza y franqueza para estar desnudos. Fíjense, no había nada digno en la vergüenza aquí. Es completamente propio para el marido y su esposa estar desnudos. Es la situación propia para la desnudez sin vergüenza. Sin embargo, el pecado trajo la vergüenza. No pudieron aguantar la franqueza e intimidad de antes. Inmediatamente, sintieron la necesidad de esconderse el uno del otro.

Desde este momento, hasta el presente los hombres se han esforzado para esconderse el uno del otro. Bueno, Adán y Eva usaron delantales para tratar de esconder su desnudez. Pero ahora no es cuestión de ropa. Desgraciadamente, hoy día, la ropa se usa muchas veces para coquetear y exhibir. Hemos llegado a ser mucho más sofisticados que nuestros primeros padres. Hemos construido barreras psicológicas, emocionales, verbales y de comportamiento. No nos escondemos detrás de la ropa, sino del trabajo, el silencio, el aislamiento, el egoísmo y el abuso.

Hay otras evidencias de los efectos del pecado sobre las relaciones entre humanos. Vimos antes la respuesta del hombre a la pregunta de Dios que se encuentra en el versículo 12. «Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.» El hombre no tuvo el valor de responsabilizarse por sus propias acciones, sino echó la culpa sobre su esposa. Dios le había dado al hombre a la mujer como su compañera, su ayuda idónea. Naturalmente él debía amarla, protegerla, apreciarla y cuidarla. Ahora con su nuevo corazón pecaminoso, la culpa y la menosprecia. Ya ella no es el regalo precioso de Dios, sino «la mujer que me diste por compañera». ¿Cuántos alcohólicos, adictos, abusadores y dictadores de casa se excusan de la misma forma? «Si no fuera por esta mujer…»

Pero, la motivación de Adán no fue solamente despreciar a su cónyuge, sino protegerse a sí mismo. Dios le había hecho una pregunta difícil: «¿Has comido del árbol que yo te mandé no comieses?» Fue difícil porque la única respuesta correcta y valiente fue: «Sí, Señor, he pecado». Con esta pregunta, la luz de la santidad y justicia de Dios brilló sobre su conciencia y no lo podía aguantar. Otra vez hay el impulso de esconderse. Pero, ya tiene su delantal y ya no puede esconderse más físicamente de la presencia de Dios. Está frente a frente con su Creador. ¿Qué va a hacer? Intenta esconderse verbalmente. «Dios, no me mires,

estás viendo a la persona equivocada.» Así, no quería admitir lo que hizo. Quería echar la culpa a Dios, a la mujer, o a ambos.

Antes de que mis hermanas lectoras empiecen a sonreír demasiado, veamos que la mujer no fue mejor. Lamentablemente, los efectos del pecado no son propiedad única del sexo masculino. Con la respuesta cobarde del hombre, Dios volteó a la mujer y lanzó la pregunta: «¿Qué es lo que has hecho?» Y ella también busca a alguien para culpar. Esta vez la culpa cayó sobre la serpiente. ¡Interesante! Con sus intentos de esconderse detrás de las acciones de otros, los humanos en esta historia se parecen más a culebras deslizándose que la misma serpiente. La serpiente no tenía a nadie para culpar.

Pero, no somos mejores que nuestros padres originales, ¿verdad? Hasta hoy día los deseos de protegerse a sí mismo, de esconderse, de evitar la responsabilidad de sus propias acciones y de culpar a otros afectan negativamente a las relaciones humanas. Podemos encontrar la semilla de la mayoría de los problemas matrimoniales en estos impulsos pecaminosos.

Con una sola acción de desobediencia el pecado entró a la raza humana con fuerza. Cada aspecto de la vida humana fue afectado. Miremos el versículo 16: «A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti». Ahora aun el tremendo gozo del nacimiento de los hijos está reducido por el dolor del parto, debido al pecado. Y la relación esposo a esposa está distorsionada.

Tengamos cuidado de no malentender la segunda parte de este versículo. Recordemos que Dios está pronunciando la maldición por el pecado sobre la raza, y prediciendo cómo será la vida humana desde entonces. Así, cuando dice que «tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti», no está hablando del deseo natural de la mujer para el hombre. Tampoco está ordenando que el hombre deba enseñorearse de la mujer. La frase es descriptiva no prescriptiva. Primero, ¿qué quiere decir Dios con la frase «tu deseo será para tu marido»? Recordemos que está avisando sobre cómo será la experiencia humana ya que abrieron la puerta al pecado. ¿Es que la esposa no quería a su marido, antes de pecar? ¿Quizá ella no tenía deseo sexual antes? Dudo de cualquiera de estas ideas. Antes de pecar, Adán y Eva vivieron en el paraíso. Fue el único periodo de la historia cuando la vida humana era perfecta. Una esposa sin afecto para su esposo, ni deseo sexual no me parece como la perfección.

Posiblemente, habla de la dependencia de la mujer de su esposo. Ya no podrá vivir independiente de él. Pero, creo que hay más. Dios había creado al hombre y a la mujer para ser dependientes de Él, e interdependientes el uno del otro. Su dependencia en su esposo no será algo nuevo. Creo que la frase podría ser

traducido «tu deseo será *sobre* tu marido», en vez de «tu deseo será *para* tu marido» (énfasis agregado por el autor). Según lo que los que entienden el hebreo me han informado, la frase habla de un deseo de usurpar. Así habla de la tendencia femenina de controlar la relación matrimonial, de tratar de cambiar a su marido por la manipulación, y de usurpar el liderazgo (lamentablemente, muchas veces no hay necesidad para la esposa de usurpar el liderazgo porque como hombres lo abdican). Dios creó la relación matrimonial de tal manera que el hombre debería ser el líder benéfico y sirviente, y la esposa debería responder a este liderazgo como la ayuda idónea funcionando al lado de su esposo. Pero el pecado distorsionó esto (veremos la distorsión del rol masculino en la próxima frase del versículo). Ya por la consecuencia del pecado, la esposa no estará tan contenta apoyando, aconsejando y ayudando en el liderazgo del esposo en la relación matrimonial, sino que tendrá la inclinación de apropiarse del liderazgo.

Seguro que hay muchos hombres que no funcionan como verdaderos líderes en su propio hogar, y por la falta de esto la esposa toma el papel. Entonces, el deseo de la esposa para su marido, mencionado aquí, se manifiesta de una de dos maneras. Muchas veces la mujer desea que el esposo cumpla su rol de liderazgo, pero él no lo hace por falta física, emocional, psicológica o espiritual. En otras ocasiones, el deseo de la esposa es tener la posición que Dios ha dado como responsabilidad solemne al esposo. Esta inclinación de la mujer de usurpar la responsabilidad del hombre, junto con la tendencia del hombre de abdicar su responsabilidad forma la distorsión pecaminosa del orden original que Dios declara aquí.

Pero, tal como el pecado distorsionó la respuesta femenina al plan divino, lo estropeó en el entendimiento masculino también. La frase «y él se enseñoreará de ti» (v. 16) no relata al liderazgo normal y propio del hombre en el matrimonio. Aquí vemos el despotismo que lamentablemente es tan común entre los hombres de todo el mundo. Demasiadas veces, mientras que los hombres por un lado abdican su rol propio del liderazgo, por el otro lado tratan de controlar su matrimonio y su hogar por la violencia, la dominación, y por ser dictadores. Mientras que su esposa lleva el verdadero liderazgo, él trata de convencerse a sí mismo de que es el líder por su actitud controladora y abusadora. Esta frase no trata con el propio liderazgo masculino, sino con el despotismo, abuso y machismo que es la experiencia humana debida al pecado.

Dios creó el matrimonio como la relación humana más íntima para funcionar perfectamente según su diseño. Lastimosamente, el pecado lo convirtió en la relación más propensa al dolor, odio, pleitos y tristeza. Me acuerdo un deplorable chiste popular de mi niñez. Un muchacho pregunta a otro: «¿Quieres pelear?» Cuando el segundo muchacho dice que «sí», el primero dice:

«¡Cásate!» ¡Qué triste!, el pecado ha distorsionado el matrimonio de tal manera que aun los niños lo ven como un campo de batalla.

El pecado, como una infección insidiosa, afectó cada detalle de la vida humana. Así, todas sus relaciones, actitudes, deseos y acciones llevan la mancha pecaminosa de una forma u otra. En los versículos 17 al 19 de Génesis 3 leemos como Dios maldijo la tierra en relación del trabajo del hombre. Se nota que el trabajo no es la maldición. Esto fue dado al hombre como regalo y orden de Dios en Génesis 1:28–29. Lo contrario a la idea popular del trabajo, no es parte de la maldición, sino de la bendición de Dios. Sin embargo, la dificultad y lucha asociados con el trabajo y la búsqueda de las necesidades de la vida es parte de la maldición. Es otro profundo efecto del pecado sobre la vida humana. ¿Cuántas veces el hombre cede su responsabilidad en la familia porque «no tiene tiempo»? Está tan ocupado buscando las necesidades físicas de la familia que no puede proveer las necesidades espirituales y emocionales. O, por lo menos, esta es la excusa. ¿Cuántos problemas hay en las familias y hogares alrededor del mundo porque no tienen suficiente dinero, comida u otras cosas materiales? Todos estos problemas son resultados del pecado.

El último problema de cada ser humano es la muerte. Nuestra propia muerte llena el corazón de miedo. La muerte de otros llena el corazón de dolor. La certeza de la muerte llena al mundo con violencia, ansiedad, tristeza y dolor. La muerte es el máximo efecto del pecado. Génesis 3:19b «pues polvo eres, y al polvo volverás».

¡Hay tantos efectos del pecado sobre nuestra raza! Todos son tristes, dolorosos y feos. ¿Por qué insistimos en que algo tan feo como la depravación de la raza human sea un cimiento de la consejería bíblica? ¿No sería más agradable apoyar la dignidad humana y pasar por alto este tema feo? Bueno, mucha de la psicología popular hace exactamente esto. Así, el hombre moderno es un pecador con dignidad, pero todavía un pecador.

Tal como debemos entender el diseño original de la humanidad para entender la meta de la consejería, debemos entender la caída al pecado y depravación de la raza para entender la necesidad de la consejería. Todavía el hombre tiene dignidad. Es creado a la imagen de Dios. Sin embargo, la imagen está estropeada. La dignidad lleva la mancha del pecado. Dios creó al hombre perfecto: con relaciones perfectas, matrimonio ideal, mundo idílico. Pero, tal perfección ahora no existe fuera de la persona de Jesucristo. Como cristianos somos pecadores redimidos. Estamos en proceso de crecer a la perfecta imagen de Dios en Cristo. Cuando Cristo vuelva, los cristianos llevaremos la perfecta imagen de Dios una vez más. Mientras tanto no somos perfectos, sino Dios nos está perfeccionando. Filipenses 1:6 dice: «estando persuadido de esto, que el

que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo». No dice «estoy persuadido que ya son perfectos». Lamentablemente, cuando las personas aceptan a Cristo como su único y suficiente Salvador, todavía llevan muchos de los efectos del pecado. Son salvos del pecado, pero sus vidas, relaciones, actitudes y circunstancias todavía son afectadas por el pecado. Han vivido una vida pecaminosa. Viven en un mundo pecaminoso. Están en relación con otros pecadores. Así, los nuevos convertidos necesitan ayuda para caminar en un mundo imperfecto hacia la perfección en Cristo. Esto se llama discipulado. Pero, estoy convencido de que en mucho de lo que popularmente se llama el discipulado falta algo esencial. Un buen discipulado tiene que dirigir al discípulo a la meta de la perfección de la imagen de Cristo (el diseño original, la imagen de Dios). También tiene que entender y ayudar al discípulo con los efectos del pecado en su vida y relaciones. Entonces, el que hace discípulos debe tener un ojo puesto en la meta de la perfección y el otro fijado en la realidad de la vida abatida por el pecado. Es en este aspecto del discipulado que se encuentra la necesidad de la consejería bíblica.

Nos encontramos con una especie de sube y baja emocional cuando estudiamos las bases bíblicas de la consejería. Empezamos con el gozo y placer de la dignidad con que Dios nos creó. La restauración de tal dignidad y proposito es la meta del ministerio de la consejería. Pero, la historia cambió por la entrada del pecado. En este capítulo hemos visto unos de los efectos trágicos del pecado sobre la raza. Estos efectos siguen hasta hoy y forman la razón y necesidad del ministerio de la consejería.

En el siguiente capítulo consideraremos el plan de Dios para la redención. ¡Gracias a él, no quiso dejarnos en el hoyo de la depravación! Hizo su plan de rescate que se llama la redención. La redención es la esperanza de la consejería.

Capítulo 3

Base bíblica 3: La redención del hombre

En el capítulo anterior ya vimos a la raza humana en una situación desesperada. Adán y Eva se habían rebelado contra Dios, actuaron independientes de Él, y hundieron a la raza humana, completa, en las horribles consecuencias del pecado. Parece como una situación sin esperanza. Pero Dios no es un Dios impotente, sino omnipotente. Él no es un Dios de desesperación, sino de esperanza.

Si la dignidad del hombre forma la meta de la consejería y la depravación es la razón de ella, la redención divina es su esperanza. Cuando tratamos con los problemas profundos de las personas, cuando ayudamos a nuevos creyentes a superar su vida vieja, cuando buscamos soluciones para las relaciones estropeadas y rotas de nuestros semejantes, muchas veces parecen sin esperanza. Y de este modo serían sin la muerte y resurrección de Cristo.

¡Jamás debemos aconsejar sin reconocer la importancia de la nueva vida dada al individuo por la redención en Cristo! La restauración de la vida al diseño original no se puede efectuar sin que la persona tenga la nueva vida en Cristo. Jesús mismo dijo en Juan 14:6: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí».

En la consejería y en el discipulado estamos buscando que la persona crezca más y más a la imagen de Dios en Cristo. Tal crecimiento es solamente posible para aquel que tiene la nueva vida en Cristo. Tal vida se recibe solamente por medio de la redención.

¿Qué hizo exactamente Cristo en la redención por nosotros? Consideremos la descripción de la persona y obra de Cristo en Filipenses 2:5–8. Quiero que prestemos especial atención al contraste de la actitud de Jesús con las actitudes humanas pecaminosas, como las vimos en el capítulo anterior.

Recordemos que la tentación original del pecado llegó en la forma de llegar a ser como Dios. Adán y Eva comieron del fruto prohibido porque el Tentador les prometió que iban a ser como Dios. Desde entonces el hombre ha tenido el deseo de mejorarse por sí mismo, de superarse, de llegar a ser como Dios.

En el versículo 6 de Filipenses 2 vemos la actitud opuesta en Jesucristo. Dice que Él, «siendo en forma de Dios no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse». Jesús nunca tuvo necesidad, deseo ni razón para hacerse a sí mismo Dios. ¡Él es Dios! Sin embargo, para rescatar al hombre de su pecaminosa autoadoración puso su propia divinidad a un lado. El único hombre que tiene

todo el derecho de reclamar la divinidad, escogió a no reclamarla para redimir a los hombres que hurtan la divinidad por sí mismos. Dejó a su trono para salvar a los mismos que quieren usurparlo. Se despojó de su propia autoridad y poder por los hombres, que en tratar de robar tal autoridad y poder habían llegado a ser impotentes.

El egoísmo es intrínseco al pecado humano. Nuestro corazón pecaminoso nos ha convertido a todos en egocéntricos. Pero, una vez más, vemos lo opuesto en Jesucristo. El versículo 7 continúa: «sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres».

En su obra de la redención Jesús manifestó las actitudes opuestas a las pecaminosas que nos esclavizan. Mientras que nosotros nos protegemos a nosotros mismos, insistimos en nuestros «derechos», y buscamos nuestro propio bien, Cristo se despojó a sí mismo y escogió el rol del siervo. Llegó a ser como los hombres, pero sin pecado. El Creador, para rescatar a su depravada y esclavizada creación llegó a ser como la criatura. Desde el huerto el hombre se ha escondido del Creador. Pero Él nos ha perseguido, no con fuerza, sino con mansedumbre. En vez de perseguirnos para castigarnos, nos ha perseguido para salvarnos. No nos ha buscado para condenarnos, sino para redimirnos; Juan 3:17: «Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él».

El hombre pecaminoso es orgulloso. Jesús escogió la humanidad sobre la divinidad, y en su condición humana escogió la humildad. Él es Rey de los reyes, y nació en un establo para acostarse en un pesebre. Vivió sin casa y sin posesiones, y murió como un criminal. Todo esto para rescatar a la humanidad de su propio orgullo.

Fue la desobediencia del hombre que hundió a la humanidad en el hoyo de la depravación. Pero Jesús fue obediente. Tal como la desobediencia humana es completa resultando en la muerte, la obediencia de Jesús es completa llevándole a la muerte, resultando en la vida; Romanos 5:18: «Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de la vida». Su obediencia le llevó al último sacrificio, la muerte. Y su muerte fue lo más cruel que podemos imaginar, la cruz.

Jesús hizo todo esto para cumplir la redención. Redimir quiere decir comprar, o pagar el precio del rescate de alguien. Por el pecado todos nosotros nacimos depravados, esclavos al pecado. Como hemos dicho, toda la vida humana está afectada por el pecado. La dignidad nuestra se ha convertido en una caricatura grotesca. El diseño original ya está distorsionado, pervertido, torcido y roto. Nacimos perteneciendo al pecado. El único camino a la restauración de lo que

hemos perdido es por el rescate o redención del pecado. La única persona que podría rescatarnos es el hombre perfecto, sin pecado, el Hijo de Dios, Jesucristo. Lo hizo por medio de pagar la pena última, su propia vida. Esto es la redención.

Hay que tener la redención como un cimiento, un fundamento de la consejería. Sin el cambio radical de la vida que hace la redención, el aconsejado no sería realmente diferente. Aconsejar sin presentar la redención como esencial a la restauración personal, es nada más que poner un barniz sobre lo malo de la vida. Aconsejar sin dirigir la persona a la redención es tratar de llegar a la restauración sin pasar por el propio camino de la restauración.

Por varios años mi familia y yo vivimos en el bello país de Venezuela. Cada año, en el 26 de diciembre, todos mis compañeros misioneros y nosotros nos reunimos en la playa, Bahía de Cata. La única manera de llegar a Cata es por un camino estrecho de puras curvas que sube y baja la montaña hasta llegar a la costa. Cuando mis hijos eran pequeños siempre se enfermaron cuando paseamos por el camino a la Cata. Es un camino peligroso y duro. Había la tentación de buscar otro camino. Pero no hay otro camino. Si queríamos la belleza de la playa Cata, el placer de las olas, sol y arena, y el compañerismo con nuestros amigos, teníamos que pasar este camino.

Hermano consejero, tal vez habrá la tentación de pasar por alto la redención en la consejería. Cuando hay resistencia o amargura contra el Evangelio, será más fácil buscar soluciones superficiales en vez de cambios radicales. A veces es más fácil sugerir ciertos cambios de comportamiento en vez de invitarle a entregar su vida entera a Cristo. Especialmente para aquellos consejeros que se inclinan a la psicología hay la tentación de apoyar la dignidad sin reconocer la depravación y buscar la restauración sin entender la necesidad de la redención. Todos los fundamentos bíblicos de la consejería son necesarios. Tratar de aconsejar sin incluir estos fundamentos bíblicos es como construir un edificio sin cimiento.

Habiendo dicho esto, quiero prevenirle sobre el otro extremo. Hay aquellos que aconsejan como si la redención fuera el único fundamento bíblico. La redención es indispensable para la consejería, pero es el comienzo de la restauración, no el fin. Hermano pastor, cuando una persona que no conoce a Cristo viene a usted buscando ayuda para problemas personales o familiares es cierto que necesita recibir a Cristo como su único y suficiente Salvador. Pero, recibir a Cristo no quita los problemas personales o familiares. La redención da esperanza para la consejería, pero no es una píldora mágica que soluciona todos los problemas de la vida en un momento. Para aquellos aconsejados que no conocen a Cristo, aceptar a Cristo y recibir su redención es parte indispensable de la restauración de su vida. Pero no es la restauración completa. La obra de

Cristo en la cruz y la resurrección es completa, no podemos agregar nada a ella para la salvación ni la justificación. Pero hay otra doctrina soteriológica, la santificación.

La santificación tiene dos aspectos. Su aspecto realizado y el progresivo. En el aspecto realizado somos separados del mundo a Cristo para su uso. Nuestra posición en Cristo es completa, perfecta, cumplida. En la realidad de la vida cotidiana todos sabemos que no somos perfectos. A veces pecamos. Luchamos con hábitos viejos. Sufrimos de los resultados del pecado nuestro y de los otros. Allí se encuentra el enfoque del aspecto progresivo de la santificación.

Cuando alguien nace de nuevo, tiene nueva vida, pero, tal como en la vida natural, necesita crecer y madurar. El discipulado y la consejería ayudan en este proceso de crecimiento y madurez.

En el pasado el discipulado se ha enfocado en enseñar las disciplinas espirituales como leer la Biblia, orar, testificar y asistir a la iglesia. Tales cosas son importantes, y parte esencial de la maduración espiritual. Sin embargo, no garantizan la madurez.

Vivimos en un mundo donde el pecado está creciendo. El mundo está llenándose más y más del dolor, amargura y vergüenza que son las consecuencias del pecado. Más y más personas buscan la ayuda de pastores y líderes evangélicos para enfrentar la separación de la familia, la confusión, el dolor de la vida y las adicciones. No es justo dirigirles a Cristo y aparentar que todos sus problemas desaparecerán mágicamente. Debemos caminar a su lado mientras que enfrentan las consecuencias del pecado y permiten que el Espíritu Santo restaure su vida. Así el ministerio de la consejería va mano a mano con un discipulado que es más que solamente agregar unos comportamientos agradables a una vida rota. Sino que es un ministerio profundo que coopera con el Espíritu Santo en la transformación de la vida entera. Desde las actitudes, deseos y motivaciones del corazón hasta las relaciones íntimas, todo debe cambiar radicalmente para el discípulo de Cristo. Esto es un proceso de crecimiento. El valor del discipulador-consejero es inestimable en estar al lado del discípulo en el proceso.

Así que debemos entender que cada fundamento bíblico es indispensable para formar un cimiento fuerte y confiable para el ministerio de la consejería. Para formar nuestra base de la consejería no podemos pasar por alto ninguno de estos fundamentos. Éstos forman un cimiento confiable sobre el cual podemos construir nuestro entendimiento de la persona, los procesos psicológicos que forman la personalidad, y las motivaciones que empujan los hábitos de la vida.

Cuando aconsejamos tengamos la dignidad del diseño original delante como la meta que queremos ver cumplida. Mantengamos un claro entendimiento de la depravación y los profundos y extensivos efectos del pecado sobre la vida. Tengamos certeza de que sólo por medio de la redención de Cristo hay esperanza de cambios y de la restauración. Mantengamos siempre el propósito de buscar la restauración de la vida del aconsejado, que le lleva más y más cerca a la meta de ver la belleza y dignidad original. Siempre recordemos que el mismo proceso que pasa el aconsejado lo estamos pasando nosotros mismos. No aconsejamos de una posición perfecta, sino de una creciendo. No aconsejamos porque hemos llegado a la meta, sino porque estamos caminando hacia la meta. La perfección se efectuará cuando venga Jesucristo para llevarnos a su presencia eterna. Mientras tanto no somos perfectos, sino que debemos estar caminando hacia la perfección. El consejero no es perfecto pero debe estar caminando. Él puede dirigir al aconsejado en el camino, porque está caminando delante del aconsejado.

Para un cimiento bíblico completo debemos considerar un fundamento más, la restauración, o la santificación de la vida humana. En el siguiente capítulo consideraremos esto que es esencial para la consejería verdaderamente bíblica.

Capítulo 4

Base bíblica 4: La restauración de la vida

Al lado de mi casa tengo un pequeño terreno que nada más produce cardos y otras malas hierbas. De vez en cuando he pensado en preparar el terreno y sembrar unos tomates y papayas. Imaginemos que, por fin, decido usar la parcela de manera útil. Decido qué parte del terreno voy a sembrar, y lo indico con unos postecitos y cuerda. Ya he separado la parecela que quiero para mi huerto de las otras partes del jardín. Esto ilustra la santificación realizada o posicional.

Cuando Cristo nos salva, nos separa del mundo para su gloria y uso. La palabra «santificar» quiere decir «separar». Cristo nos compró y liberó del pecado. Esto es la redención. A la misma vez Él nos separó del mundo para ser su posesión única, para su gloria y su uso. Esto es la santificación posicional. La realidad espiritual de cada creyente, sea nuevo convertido o creyente maduro, ahora pertenece exclusivamente a Cristo, para su honra y gloria.

Sin embargo, si en una tarde decido tener un huerto y lo divido con postes y cuerda, no voy a cosechar sabrosas papayas la próxima mañana, ¿verdad? ¡Por supuesto, que no! Tengo que sacar los cardos, preparar el terreno, sembrar las semillas y regar antes para disfrutar del fruto de mi huerto. Esto ilustra el aspecto progresivo de la santificación.

Todos los verdaderos creyentes son nuevas criaturas en Cristo (2 Corintios 5:17). La Biblia declara que somos santos, santificados para el uso y gloria de Dios. No obstante, todos sabemos que no siempre actuamos como santos. El nuevo creyente especialmente necesita muchos cambios en sus actitudes, hábitos y relaciones antes para ser útil para el reino de Dios. Tal como en mi huerto tengo que escardar, cultivar, sembrar y regar, el Espíritu Santo necesita cambiar actitudes, quitar hábitos viejos, establecer nuevos hábitos, sanar relaciones y purificar la vida del creyente. Es un proceso que continuará por toda la vida hasta que entremos a la presencia física de Jesús por medio de la muerte, o de su segunda venida. Mientras que le esperamos es la responsabilidad y privilegio de los miembros del cuerpo de Cristo (todos los verdaderos creyentes) ayudar el uno al otro en este proceso de crecimiento y maduración. Esto es el propósito del discipulado. La meta del discipulado es que el nuevo discípulo crezca, madure y se reproduzca su vida espiritual en la vida de otros. El propósito y obra del discipulador es ayudarle a madurar, darle las herramientas espirituales necesarias para crecer y enseñarle cómo reproducir su vida espiritual.

Lamentablemente, a veces nuestros programas de discipulado son insuficientes para cumplir todo esto. Parece como si indicase la parcela para el huerto, sembrar la semilla sin preparación del terreno, y diría al huerto: escárdate, riégate a ti mismo, y crece por ti mismo. El jardinero que hace esto y espera cosechar fruto sería un total necio, ¿verdad? Sin embargo, hacemos algo semejante cuando solamente decimos al nuevo creyente que debe leer la Biblia y orar cada día, testificar y asistir a la iglesia. ¿Qué de los cardos en su vida? ¿Qué del terreno duro de su corazón, dañado y contaminado por el pecado? ¿Qué de las heridas resultado de su propio pecado y el de otros? ¿Qué de la sanidad emocional, espiritual, mental y relacional que el nuevo creyente necesita?

Cristo redimió al nuevo creyente porque quería restaurar su vida, para que sea útil y gloriosa. Nos ha mandado a hacer discípulos (Mateo 28:19). Hacer discípulos es más que hacer convertidos. En Mateo 28, Jesús nos dice que la obra de hacer discípulos incluye bautizarles y enseñarles a guardar las cosas que Él nos ha mandado. ¿Qué cosas nos ha manado para que las guardemos? O ¿cómo debe parecer la vida del discípulo según Jesús?

En Juan 15 Él manda que el discípulo debe permanecer en Él y amar a los demás discípulos. En Juan 10:10, hablando de sus ovejas, o sea sus discípulos, dice que «yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». En Mateo 28, que es lo que acabamos de ver, Él manda que los discípulos deben hacer más discípulos. 2 Corintios 3:18 habla de la transformación de la vida en la gloriosa imagen de Dios en Cristo. Entonces, por lo menos, la vida del discípulo de Cristo debe ser una que depende totalmente (permanece) en Cristo, que ama a otros discípulos, que es abundante, que se reproduce en las vidas de otros discípulos, y que está transformándose nuevamente a la imagen de Dios.

Parece que es una vida que está cambiando radicalmente, no solamente una que ha agregado la lectura bíblica, la oración y la asistencia a la iglesia a la vida anterior. Si alguien viene a Cristo que ha sufrido años de abuso sexual, ¿cómo va aprender amar si nunca ha tratado con el dolor, la amargura, el odio y el temor que son la triste herencia de lo que ha sufrido? ¿Cómo puede tal persona depender en Cristo y permanecer en Él si nunca ha aprendido a confiar en nadie? La imagen divina todavía está estropeada por sus propios temores, angustias y necesidades.

Cuando la familia de un alcohólico acepta a Cristo deben aprender cómo leer la Biblia, orar y, por supuesto, deben asistir a la iglesia. Pero, ¿estas cosas garantizan que los nuevos discípulos saben qué hacer con el temor y vergüenza? Los niños que viven cada día con violencia, y la confusión y ambivalencia que siempre vacila entre el odio y el amor, ¿tienen vida abundante? ¿Es vida

abundante y permaneciendo en Cristo cuando no tienen ninguna idea qué hacer con sus sentimientos profundos resultado del horror pecaminoso que viven día tras día? A veces no pueden identificar ni entender sus propias emociones, ¿cómo, entonces, van a amar a otros? Y ¿cómo parece la gloriosa imagen de Dios en la persona traumatizada por las circunstancias de su vida? ¿No es la vida abundante que promete Cristo algo que el discípulo puede gozar ahora, o está reservada solamente para la eternidad?

¿Qué de la persona que viene a Cristo, pero ha tenido años de hábitos pecaminosos? ¿Es razonable esperar que todos los hábitos desaparecerán mágicamente solamente por agregar unos comportamientos buenos? Claro, yo sé que el Espíritu Santo mora en la vida de cada creyente, incluyendo la vida del nuevo creyente con hábitos pecaminosos. Yo sé que Él da el poder y recursos necesarios para cambiar la vida de cualquier persona que cree en Cristo. Sin embargo, Cristo encomendó la obra de hacer discípulos a nosotros. El hacer discípulos debe ser en cooperación con el Espíritu Santo para afectar cambios radicales y profundos a los pensamientos, emociones, deseos y hábitos del nuevo creyente. En el discipulado tenemos el gran privilegio de participar en la restauración de la imagen divina en los discípulos.

De vez en cuando alguien descubre un cuadro pintado por uno de los grandes maestros de la pintura del pasado. Muchas veces cuando se encuentra un cuadro así, está sucio, manchado y estropeado. El cuadro tiene la suciedad de siglos sobre la pintura. A veces ha sido dañado por el clima. Aun, a veces, otra pintura inferior ha sido ubicada sobre la obra maestra. La obra de restaurar la obra maestra es un trabajo esmerado, toma años para poco a poco quitar la suciedad, sacar lo agregado y restaurar la calidad de la obra original. En la obra de la restauración de la vida humana el Espíritu Santo hace algo semejante. La imagen de Dios en el ser humano es una obra maestra. Pero, está sucia por el pecado. Vivir en el ambiente pecaminoso del mundo la ha dañado. El pertenecer a Satanás y su reino ha agregado cosas corruptas y ha distorsionado la obra original. La obra del Espíritu Santo de restaurar, o santificar la vida, es una de esmero. Poco a poco, con cuidado y ternura Él saca, cambia, limpia y restaura la vida. Hermano discipulador, usted tiene el gran y humilde privilegio de ser el asistente al Espíritu Santo en esta gran obra.

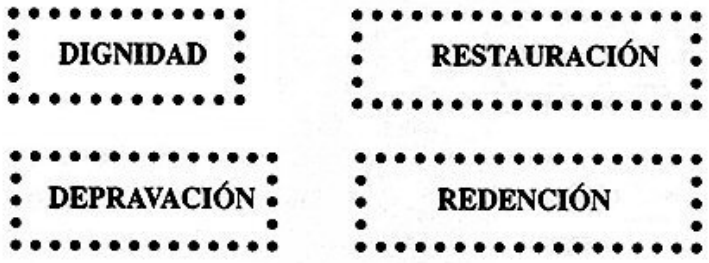
Así, el discipulado en muchas ocasiones debe incluir aspectos de la consejería bíblica. La consejería bíblica, por integrar lo que unos psicólogos y otros científicos han observado sobre el ser humano con lo que la Biblia dice sobre el ser humano, puede ayudar al individuo a entenderse mejor a sí mismo. Puede ayudarle a ver cómo sus propias costumbres de pensar, sus maneras de reaccionar a la vida, sus hábitos de comportamiento y sus formas de relacionarse

con otros afectan a sus relaciones, dañan a otros, obstaculizan el fluir del amor de Cristo, y niegan la dependencia en Él. Sin duda el Espíritu Santo puede señalar todo esto en la vida del nuevo creyente, y puede cambiar por completo la vida sin la participación nuestra. Pero, tal como ha escogido usarnos en la obra de dar las buenas nuevas de la redención de nuestros semejantes, también ha decidido usarnos en la obra de hacer discípulos. Es un gran privilegio y una responsabilidad solemne cooperar con el Espíritu Santo en la restauración de vidas rotas, mientras que Él las «perfecciona hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6).

En el fundamento bíblico de la restauración de la vida humana es que se encuentra la mayoría del trabajo de la consejería bíblica. Hay que entender la dignidad de la imagen de Dios para saber a lo que queremos dirigir nuestra consejería. La dignidad nos da el dibujo de cómo debe ser la vida humana. Hay que comprender la triste realidad de la depravación humana para desentrañar la vida actual tan lejos de la dignidad original. Hay que creer en, y proclamar el hecho de la redención cumplida en la cruz de Cristo, y dada libremente por gracia a cada persona que cree en Él. Tal redención es la única manera para que el ser humano pueda salir de la trampa del pecado y depravación para volverse al diseño original de su Creador. Hay que participar en la restauración de la vida humana, al lado del Espíritu Santo quien hace de nuevo la imagen de Cristo (sea la imagen de Dios) en la vida de cada verdadero creyente.

Estos cuatro fundamentos forman el cimiento sobre el cual el resto del libro construirá el entendimiento del ser humano y cómo aconsejarle en sus problemas de la vida. El entendimiento de estos da al consejero un mapa básico de su consejería. Empezando con la dignidad entendemos lo que es intrínseco en cada persona, él o ella es una criatura creado a la imagen de Dios. La depravación nos recuerda del deterioro de tal imagen. La redención nos da la cierta esperanza de la recuperación de la imagen. Y la restauración es el proceso de volverse a la imagen que se cumplirá en el día de Jesucristo.

El siguiente gráfico puede ayudar al consejero a tener en mente su mapa básico de consejería bíblica.



Estos fundamentos proveen un cimiento, o un marco para el consejero. Ideas, opiniones y métodos que están de acuerdo con estos fundamentos bíblicos son útiles para el consejero cristiano. Ideas, opiniones y métodos que no están de acuerdo con éstos deben ser rechazados por el consejero cristiano.

En la siguiente unidad consideraremos algunas observaciones e ideas sobre el ser humano, su personalidad, mentalidad, reacciones y relaciones. Pido al lector recordar los fundamentos bíblicos y usarlos como la medida para analizar, aceptar o rechazar las ideas presentadas en esta unidad. Seamos como los hermanos de Berea. Hechos 17:11: «Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así».

Unidad 2

Conceptos científicos de la consejería cristiana

Introducción a la Unidad 2

Hay entre los cristianos evangélicos aquellos que sospechan de cualquier idea, concepto o evidencia que viene de la ciencia. Porque hay científicos que se oponen a la Biblia y el cristianismo, estos cristianos piensan que todo lo que viene de la ciencia es malo. Es un extremo que le priva a la iglesia de muchos beneficios de lo que la ciencia ha descubierto sobre el mundo, el universo y la vida humana.

En el otro extremo hay cristianos que abrazan todo lo que presenta la ciencia sin analizarlo según las enseñanzas bíblicas. Tienden a basar su «fe» en cualquier idea psicológica que es popular del momento. Continúan las ideas que están de moda en lugar de establecer su fe y vida sobre los fundamentos sólidos de la palabra de Dios. Es un extremo que roba a la iglesia el poder y solidez de ser fundado sobre el cimiento de la Palabra.

Ambos extremos son errores malos y dañinos al individuo cristiano y para toda la iglesia. Como cristianos debemos aprender cómo pensar críticamente. Pensar críticamente no quiere decir criticar todo, desgraciadamente nuestras iglesias están llenas de personas que saben muy bien cómo hacer esto. El pensamiento crítico es el arte de analizar. Tenemos que aprender cómo leer y oír ideas y teorías y analizarlas para determinar si son verdaderas o no. Para analizar hemos de tener un criterio de la verdad. No es posible determinar si algo es verdadero o no, si no tenemos ningún estándar de la verdad. Este es el problema más grave del mundo moderno. La filosofía postmoderna ha determinado que no hay ningún absoluto, ni verdad concreta. Todo es relativo a las circunstancias y la situación. Así, la persona vacila en sus pensamientos, crecimiento y comportamientos según la situación en que se encuentra.

Para el cristiano el criterio de la verdad siempre tiene que ser la Biblia. Hoy día estamos inundados por información y nuevos conceptos, ideas y

descubrimientos científicos que llegan a todos nosotros a una velocidad increíble. En tal mundo, el cristiano debe saber muy bien lo que enseña la Biblia, debe entender muy bien la verdad, y debe establecerse personalmente sobre la roca firme de la verdad bíblica. Pero, esto no quiere decir aislarse del mundo e ignorar todo lo que pasa en el mundo. El cristiano bien establecido en su fe, que conoce bien las Escrituras, tiene la capacidad y recursos para analizar y relacionarse bien con ideas nuevas. El mundo moderno necesita tal tipo de cristiano.

La Biblia fue escrita por varios autores humanos, todos bajo la inspiración del Espíritu Santo, por varios siglos. Los autores humanos vivían en un mundo muy diferente que el mundo moderno. Sus culturas estaban lejos de la mayoría de las culturas modernas. Sus circunstancias eran diferentes que las nuestras y tenían que enfrentar problemas distintos a los nuestros. Así, la Biblia no se dirige directamente a muchas circunstancias y problemas modernos. Por eso muchos inconversos piensan que la Biblia no es relacionada con la vida actual, y muchos cristianos piensan que los problemas modernos no importan. ¡Los dos están equivocados!

¿Cómo, entonces, puede la Biblia informarnos cuando tenemos que dirigirnos a ideas y problemas de que la Biblia no menciona, ni sus autores sabían nada acerca del asunto? El cristiano bíblicamente informado debe entender bien los principios bíblicos. La Biblia no se dirige a cada problema humano, pero por todas sus páginas fluyen principios de cómo ordenar la vida humana. Tiene enseñanzas de cómo vivir bien delante del Creador. Demuestra ejemplos de personas que vivían la vida con éxito, y tiene ejemplos de fracasos. Nos enseña ejemplos de vencimientos y fallas. Todo esto forma como una tapicería de entendimiento sobre cómo vivir la vida humana con rectitud, integridad y éxito. Este entendimiento bíblico debe ser usado por el cristiano para filtrar las ideas que se llegan del mundo. Ideas, opiniones, teorías y prácticas que contradicen lo que la Biblia enseña y demuestra deben ser rechazadas. Ideas, opiniones, teorías y prácticas que no contradicen lo que la Biblia enseña y demuestra deben ser analizadas para ver si la Biblia las apoya o no. Muchas veces encontramos que lo que la ciencia descubre sobre la vida humana es esencialmente lo mismo que dice la Biblia, solamente usa distintos términos, y se aplica un poco diferente según la situación y cultura bíblica. Aunque la Biblia no se dirige directamente a cada problema humano moderno, sus principios son todavía, completamente confiables. Las maneras de vivir y relacionarnos con Dios y otros que presenta la Biblia deben ser las maneras en que vivimos en medio de las situaciones y problemas modernos. Lo que la ciencia moderna dice sobre la personalidad humana, nos informa acerca de cómo aplicar los principios bíblicos en el contexto moderno.

La siguiente unidad del libro pretende hacer una sencilla integración de entendimientos básicos que vienen de la psicología con las enseñanzas bíblicas acerca de la personalidad, relaciones y vida humana. Esta sección no pretende ser un manual de la psicología, y el lector necesita entender que se presentan unas ideas psicológicas aceptadas por un segmento de psicólogos modernos, pero no por todos. Existen muchas diferentes teorías e ideas psicológicas. No todas están de acuerdo la una con la otra, y no todas están de acuerdo con las Escrituras. Las ideas presentadas aquí le parecen al autor como las más compatibles con la fe cristiana, y las más apoyadas por la Biblia. Varios consejeros cristianos las han probado como útiles en la consejería bíblica. Estas ideas no son originales del autor. Se debe mucho a los pensamientos y estudios de varios psicólogos del pasado y especialmente al Dr. Larry Crabb, Dr. Dan Allender y Dr. Marvin Penner.

Una vez más, animo al lector a que escudriñe las Escrituras para ver si estas cosas son la verdad.

Capítulo 5

Concepto científico 1: Anhelos personales inherentes

Ha sido evidente para los psicólogos por un tiempo que hay otras cosas más que pasan en la mente humana de lo que es evidente conscientemente. Así, hoy día, comúnmente hablamos del subconsciente. Esto es la parte del ser donde hay actitudes, deseos, impulsos y hábitos que la persona no puede identificar fácilmente, pero que influyen en todo lo que hace. Podemos decir que lo que es evidente conscientemente como pensamientos, emociones y comportamientos, es siempre influido por lo que existe en el subconsciente, que no es tan evidente. Podríamos ilustrarlo pensando en las actividades mentales como un témpano de hielo en el mar. Sabemos que hay dos terceras partes del témpano que no se ve, está bajo la superficie del mar. Así también, hay mucho más de lo que pasa en el ser de lo que es evidente sobre «la superficie de su subconsciente».

La idea del subconsciente no es un concepto único a los psicólogos modernos. Un concepto céntrico del entendimiento bíblico del ser humano es la idea del corazón. Sabemos que en la mayoría de las veces que la Biblia habla del corazón humano no habla del órgano físico, sino que usa la palabra figurativamente como la parte del ser donde se encuentran las motivaciones, pensamientos y deseos profundos de la persona. En términos modernos sería el subconsciente.

Veremos unos ejemplos del empleo bíblico de la palabra «corazón» para hablar de lo que entendemos hoy día como el subconsciente:

Génesis 6:5:

> *«Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal».*

Deuteronomio 6:5:

> *«Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas».*

1° Samuel 16:7:

> *«Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón».*

Jeremías 17:9:

> *«Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?»*

Mateo 15:19:

> *«Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias».*

Hay muchas más referencias al corazón, pero éstas demuestran que la Biblia reconoce una parte del ser que influye las acciones, actitudes y comportamientos evidentes en la vida de una persona. En este capítulo y los siguientes de la unidad 2 consideramos lo que pasa en el subconsciente, o en el corazón de una persona.

Regresando a la figura del témpano, consideremos lo que hay en el fondo del subconsciente humano. O la pregunta sería, ¿qué se encuentra en la parte más íntima del corazón (subconsciente) humano? Si el subconsciente es la parte escondida del ser donde moran los pensamientos, deseos e impulsos que empujan los comportamientos y emociones de la persona, debe ser que hay impulsos o deseos fundamentales. ¿Hay algo básico, fundamental que empuje a todo hombre? ¿Hay unos deseos que podemos encontrar detrás del comportamiento humano?

Salmo 42:1 y 2 dice: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?»

El Salmo 119:174 habla de manera semejante: «He deseado tu salvación, oh Jehová, y tu ley es mi delicia».

Y en Isaías 26:9 vemos: «Con mi alma te he deseado en la noche, y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré a buscarte; porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia».

Estos versículos hablan de deseos o anhelos muy profundos del alma. Esto es más que el simplemente querer, sino el anhelar del alma que conmueve todo el ser. La Biblia habla de este tipo de profundo anhelo en el contexto del deseo para Dios. Hay psicólogos que consideran que en el subconsciente del ser humano existen anhelos fuertes, profundos y escondidos.[1] La necesidad inconsciente de satisfacer estos anhelos empuja la personalidad, carácter y acciones del individuo. Siempre en la vida de cada persona se está buscando inconscientemente alguna fuente para saciar esta profunda sed del alma. Cuando no encuentra satisfacción, el ser humano es capaz de inventar miles de maneras que pretendan aplacar estos fuertes deseos. Estos anhelos del alma son tan poderosos que la búsqueda de su satisfacción puede empujar al individuo a adicciones y otras acciones que destruyen a sí mismo y a otros.

Los anhelos profundos de la humanidad son universales. No distinguen entre nacionalidades, razas, idiomas ni género. Aunque puede tratar de matarlos, que lleva a la psicopatía, cada persona tiene anhelos en el centro de su ser. Si pudiésemos llegar a la base del témpano de hielo que representa la personalidad humana encontraríamos los anhelos personales profundos. Podríamos decir que forman el cimiento sobre el cual la personalidad está construida. La constante búsqueda para saciarlos motiva el desarrollo de los hábitos, carácter, autoimagen, patrones de reaccionar, emociones y comportamientos que se conjuntan para formar la personalidad.

Pero, ¿qué son exactamente estos anhelos? ¿Son iguales para todos, o hay diferentes anhelos según el sexo, edad o cultura de la persona? Podemos identificar tres anhelos tan básicos que cada persona sobre la faz de la tierra los experimenta. Estos son el anhelo para el amor, el anhelo para la seguridad y el

[1] Dr. Larry Crabb. *Understanding People, Deep Longings for Relationship* (Grand Rapids, MI: *Zondervan Publishing House*, 1987), pp. 105, 106.

anhelo para la trascendencia. No son siempre iguales en su fuerza en cada persona, y aun su intensidad puede variar en la misma persona en diferentes situaciones o épocas de su vida. No obstante, cada persona en el transcurso de su vida ha sido motivada por el deseo de satisfacer alguno de éstos. Y cada persona siempre actúa bajo la influencia de uno de éstos.

El anhelo para el amor es evidente en todas partes. Casi desde el momento del nacimiento el infante quiere el afecto y atención de sus padres. Se dice que hicieron un experimento con recién nacidos. Tomaron dos grupos de recién nacidos. A los dos grupos se trataron iguales con la excepción de que dieron a un grupo mucho cariño, afecto y atención, al otro grupo dieron lo mismo en cuanto a comida, cambio de pañales, etc., sin cariño y afecto. Los bebés del grupo que recibió el cariño crecieron normalmente, mientras que aquellos que no recibieron el cariño se enfermaron hasta el punto de morir. El amor es esencial en la vida, y el ser humano lo busca casi a todo costo.

Este anhelo para el amor puede presentarse en varias formas. Empuja el deseo para la aceptación. Se ve en la persona que se afana por complacer a todos. Es evidente en el ansia que muchos jóvenes experimentan para tener amigos y ser parte del grupo. Se ve en la «necesidad» de tener novio o novia. Empuja al matrimonio, al divorcio, a relaciones ilegítimas sexuales, y a «crímenes de pasión».

El hambre para la seguridad también se manifiesta desde la edad tierna. Si el bebé va a dormir, debe estar caliente, limpio, y saciado. Siempre busca la seguridad de los brazos y el seno de su mamá. Otra vez, es un fuerte deseo que infunde en toda la vida. Empuja la búsqueda para las riquezas y cosas materiales. Da ímpetu a la hechicería y la adivinación. Puede empujar a la mujer a los brazos de un extraño y al hombre al suicidio.

La necesidad para la trascendencia no es menos poderosa. Cada padre ha escuchado a su pequeño hijito diciendo: «¡Mírame papi, mírame!» En otras palabras: «Déjame hacer impacto sobre tu vida, soy importante». Todos queremos que alguien haga caso de nosotros. Todos quieren causar impacto sobre la vida de alguien.

Parece que el anhelo para el amor es igual entre las mujeres y los hombres. Pero el anhelo para la seguridad es más fuerte para la mujer, y la trascendencia más fuerte para el hombre. Generalmente los hombres buscan el dinero y la fama para tener poder, y las mujeres buscan el dinero, la fama y las posesiones para tener seguridad.

Lamentablemente, debido a la distorsión que la depravación ha hecho en la razón humana tendemos a buscar la satisfacción de estos anhelos por medio de

fuentes erróneas. Yo creo que Dios ha puesto estos deseos dentro del corazón del hombre para que él busque a Dios. Estos anhelos son básicos, universales y constantes. Todos necesitamos la satisfacción de ellos para estar contentos en la vida. Juntos forman una sed interior que sólo Dios puede saciar. Fíjese bien, la Biblia dice que Dios es amor. No es que Él ama, o que Él tiene amor, sino que Él es el verdadero amor. Sabemos por experiencia y observación que el amor de los hombres falla. El amor humano no es completo ni perfecto. Sin embargo, anhelamos el amor incondicional.

¿No es lógico que la única persona que podría saciar completamente este anhelo para el amor, sería la persona quien es amor, Dios? O ¿qué de la seguridad? El anhelo de la seguridad se relaciona más que todo con el futuro. Como personas queremos asegurarnos que el futuro sea feliz, cómodo y sin dificultades. Anhelamos la seguridad. ¿Quién es la persona que sabe, maneja y controla el futuro? Otra vez, es Dios. Y consideremos la trascendencia. Otra vez, es solamente el Creador nuestro quien puede dar sentido a nuestras vidas. Así, el Salmista experimentando estos tremendos anhelos del alma, puede gritar: «Así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo». Estos anhelos pretenden y deben funcionar para empujarnos a perseguir a Dios, la única fuente de satisfacción completa.

Hay solamente un problema, y es un problema bastante grande. ¿Recuerda el tema desagradable del segundo capítulo? Es esta condición asquerosa de la humanidad, la depravación. La depravación ha tocado y ha distorsionado todo. Así como pecadores, la mayoría del tiempo, no reconocemos estos anhelos como sed para Dios. Pensamos que podemos saciarnos por otros medios fuera de Dios. Y no sólo esto, por la rebelión del corazón estamos comprometidos a saciar la sed de la vida por nosotros mismos sin depender de Dios.[2]

Jeremías 2:13 dice: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no retienen agua». ¡Qué descripción tan aguda del ser humano! El hombre pecador es como un hombre en el desierto muriéndose de sed. Allá en el horizonte aparece un oasis. Por fin él llega allí, y es bello. Hay árboles, un lago y una fuente brotando agua dulce. Pero cuando llega al oasis, el pobre viajero empieza a excavar en la arena para ver si, por si acaso, podría encontrar un poco de humedad. ¡Qué gracioso!, ¿verdad? Pero esto es el dibujo del hombre buscando satisfacer sus anhelos profundos fuera de Dios.

Desde temprano esperamos que otras personas deben proveer la satisfacción de nuestros anhelos. El infante empieza buscando satisfacción por parte de los

[2] *Ibid*., p. 108

papás, especialmente la mamá. Luego la busca por parte de otros familiares, los amigos, maestros, novio(a), esposo(a), empleador, etc. El problema es que ninguna persona es capaz de satisfacer por completo los anhelos de otra persona, y todos están buscando su propia satisfacción. La imagen fea que viene a la mente es de parásitos viviendo sobre parásitos.

Puede imaginar que no pasa mucho tiempo hasta que la persona llegue a estar decepcionado por su búsqueda de satisfacción. Incluso los miembros de la propia familia no pueden saciar la sed de Dios. Dios nos ha dado padres, familiares, amigos y otros para proveer algunas necesidades en la vida, pero jamás para reemplazar a Él mismo. La inclinación del ser humano pecaminoso es saciarse por medios fuera de Dios. Este carece de dependencia de Dios. Dios nos ha creado para depender de Él para nuestras necesidades. Así, la determinación humana de buscar sus propias fuentes (cisternas según Jeremías) de satisfacción es un acto básico de rebelión. No puede traer más que frustración, desesperación y decepción porque es en contra del plan de Dios.

La constante búsqueda para la satisfacción y el repetido desengaño por lo mismo surge en una profusión de problemas humanos. La persona aprende vez tras vez que las personas no son confiables. Pronto empieza a buscar algún nivel de agrado por otros medios. Lo busca en el trabajo, la educación, el dinero, la fama, el sexo, el alcohol, las drogas, el crimen, etc. Realmente, la lista casi no tiene limitaciones. Está limitada solamente por la imaginación perversa del hombre.

Es importante recordar que los anhelos personales profundos no son pecado. Son dones de Dios para llevarnos a Él. La búsqueda de saciarlos fuera de Dios es pecado. Este pecado es básico a la raza humana, y universal. Forma la raíz de los problemas personales y relacionales.

Lea por favor Romanos 1:18–32, pensando en cómo la independencia y rebelión humana ha llegado a una trayectoria tan triste. Dios creó al hombre para conocerle y depender de Él para todas sus necesidades. En su rebeldía y autosuficiencia el hombre ha llegado a la depravación, perversión y corrupción. Esto es la razón porque hay la necesidad de la consejería bíblica y porque debemos incluirla como componente del discipulado cristiano.

Capítulo 6

Concepto científico 2: Capacidad racional

Para entender cómo la búsqueda para la satisfacción de los anhelos personales profundos incita a personas a comportamientos, hábitos y emociones es necesario entender unas capacidades personales que pertenecen a cada ser humano. Estas son habilidades que demuestran la imagen divina en nosotros. Son capacidades que nos distinguen de los animales, y reflejan a Dios. Son la capacidad racional, la volitiva y la emocional. Consideremos la capacidad racional en este capítulo, la volitiva en el octavo y la emocional en el noveno capítulo.

Cada una de estas capacidades reflejan parte de la naturaleza de Dios. Así, son evidencias de la imagen divina en nosotros. Pero, recuerde que la imagen de Dios en el hombre fue estropeada por la entrada del pecado a la raza. Nuestras capacidades personales reflejan la persona de Dios, pero es un reflejo distorsionado. Las capacidades personales de Dios son perfectas, ilimitadas y ciento por ciento confiable. Las nuestras son imperfectas, limitadas y no siempre confiables. Nuestras capacidades funcionan, pero a causa del pecado no funcionan perfectamente.

También, estas capacidades trabajan en los dos lados del subconsciente. Muchas veces estamos completamente conscientes de que estamos razonando, tomando decisiones y experimentando emociones. Pero, al mismo tiempo, hay una cantidad de actividad racional, volitiva y emocional que pasa en el subconsciente. Está ocurriendo, pero no nos damos cuenta.

En este capítulo consideraremos una función de razonar que hacemos sin estar consciente de ella. Es un ejercicio racional que parece que es común a todos los humanos y que empezamos a practicar a una edad tierna. Lo hacemos constantemente durante toda la vida, y es infrecuente que estemos directamente conscientes de lo que hacemos. Este subconsciente proceso de razonar influye de tremenda manera en nuestras acciones conscientes.

El proceso de razonar va más o menos así. Percibimos algo, lo analizamos y llegamos a conclusiones basadas en nuestras percepciones y análisis. Así formamos opiniones, concepciones del mundo y la vida, y creencias. Muchas veces somos completamente conscientes del proceso, otras veces no nos damos cuenta.

Un ejemplo de razonar sin ser consciente de ello es la formación de primeras impresiones acerca de alguien. Cuando conocemos a alguien por primera vez, llegan a la mente ciertas opiniones sobre la persona basadas en lo que vemos, oímos y percibimos. A veces somos muy conscientes de nuestros pensamientos acerca de la persona. Pero en la mayoría de casos las primeras impresiones no son más que ideas vagas, pero pueden influir de gran manera nuestra relación futura con tal persona.

El proceso racional que queremos investigar aquí tiene que ver con la satisfacción y falta de satisfacción de los anhelos que introdujimos en el capítulo anterior. Recuerde que los anhelos personales profundos influyen la vida desde la infancia. Así, desde temprano se empieza a formar cierta percepción sobre la satisfacción de los anhelos. Dicha formación no es inmediata, sino poco a poco, como granos de arena cayendo en un vaso de agua. Siendo que cada persona nace como pecador y busca su satisfacción fuera de Dios, la percepción que forma es que no hay satisfacción de los anhelos del alma. Casi cada cosa que pasa en la vida refuerza la idea. Esperamos la satisfacción por completo por parte de los padres. Pero, temprano o tarde, nos fallan. Los otros familiares tampoco cumplen. Lo mismo pasa con amigos, novios, cónyuge, jefe, maestros, y cualquier otro. La percepción pues, es que uno no puede recibir la satisfacción que necesita.[1]

Sin embargo, la realización que no recibimos la satisfacción no anula los anhelos. Aún queremos la satisfacción. Y para complicar el problema, parece, especialmente a los jóvenes, que todos los demás son satisfechos, pero ellos no. Forma la idea de que «soy el único que no recibo lo que necesito por parte de otras personas». Con esta percepción la persona empieza a analizar. Recuerde que este análisis es subconsciente, pero va algo así:

- Yo anhelo el amor, la seguridad y la trascendencia
- Espero estar satisfecho por parte de mis padres, hermanos, amigos y otros
- No estoy satisfecho.
- Es justo esperar que las personas en mi vida me satisfagan
- Parece que los demás están satisfechos
- ¿Por qué las personas importantes a mí, no me satisfacen?
- Soy diferente que los demás, ¿por qué?

[1] Dr. Larry Crabb. *Understanding People, Deep Longings for Relationship* (Grand Rapids, MI: *Zondervan Publishing House*, 1987), p. 136.

Poco a poco este tipo de análisis empieza a causar conclusiones. Estas conclusiones son relacionadas al valor de la misma persona y llegan a formar la autoimagen esencial. En el siguiente capítulo veremos cómo se forma la autoimagen esencial y la posición que ocupa en la vida del individuo.

En nuestro dibujo del témpano de hielo podemos ubicar la capacidad racional así:

Capítulo 7

Concepto científico 3: Autoimagen esencial

La cuestión de la autoimagen es un tema común. Hablamos de que una persona tiene una mala autoimagen, o de que es necesario tener una buena auto imagen. Decimos que el problema de alguien es que tiene complejo de inferioridad, o que su autoestima es bajo. Asimismo reconocemos que la autoimagen influye mucho en la vida, carácter y personalidad de uno.

No obstante, hay mucho mal entendimiento acerca de la autoimagen. A veces muchos piensan y enseñan que uno solamente tiene que pensar mejor de sí mismo, trabajar para tener una auto imagen positiva, y así solucionará sus problemas. ¡Ojalá que fuera tan sencillo! La formación de una autoimagen negativa es un proceso de años, y cuesta esfuerzo cambiarla. Muchas veces una persona ni sabe que su autoimagen es negativa, y no se puede cambiarla sólo por pensar diferente.

En otras ocasiones, parece que algunos evangélicos provocan y apoyan la autoimagen negativa. Es posible confundir la verdadera humildad con una mala estimación de uno mismo, que es la humildad falsa. Es la verdad que Dios es todo, y dependemos de Él totalmente. No es la verdad que no valgamos nada por eso. Si Dios envió a su propio Hijo unigénito para salvarnos y rescatarnos del pecado, nuestro valor es bien alto. La Biblia dice que Él nos hizo un poco menor que los ángeles (Salmo 8:5), ¡no un poco menor que los gusanos!

Como hemos dicho, el pecado toca toda la vida humana, y la raza completa está depravada. Esto no quiere decir que somos basura. Dice que algo horrible ha pasado a una parte más gloriosa de la creación de Dios. Nos demuestra cuán grande es el sacrificio de Cristo en la cruz, cuán preciosa es la restauración que el Espíritu Santo está cumpliendo en nuestras vidas, y cuán importante es el ministerio de tal restauración a nuestros semejantes.

En este capítulo presentaremos una sinopsis de cómo se desarrolla la autoimagen negativa, y una aclaración de cómo es la autoimagen bíblicamente equilibrada y correcta. Un entendimiento adecuado de este importante asunto es esencial para ser ministros de la restauración a otros.

Recuerde que la perfecta creación de Dios fue alterada cuando el pecado y la depravación entraron a la raza humana. Ya, después de la caída, todo lo que hacemos, todas nuestras relaciones, todos nuestros pensamientos, y cada aspecto de la vida está manchado por el pecado. No son puros diabólicos, pero

cada aspecto de la vida es limitado y efectuado por el pecado. Aun las mejores cosas son lejos de la perfección.

Esto quiere decir que aun en el mejor hogar los padres y otros familiares fallan. La única familia perfecta es la Trinidad (el Padre, Hijo y Espíritu Santo). Todas las demás son imperfectas porque se componen de personas pecadoras e imperfectas. Aun la familia terrenal de Jesús era imperfecta, porque Él era el único sin pecado. José, María, y sus hermanos aunque eran buena gente, eran limitados por el pecado, como todos nosotros.

Recuerde también que el ser humano nace con anhelos profundos de los cuales espera la satisfacción. Porque el pecado fluye en la sangre de la raza entera, todos nacemos no dependiendo de Dios, sino con el compromiso de buscar nuestras propias soluciones. Así, esperamos que los padres, familiares, etc., van a satisfacer nuestros anhelos. Pero muy pronto nos fallan de alguna manera. A veces es una verdadera falla de la parte de la otra persona, muchas veces no es nada más que nuestra percepción de lo que pasó.

Por ejemplo: si usted ha tenido mucha experiencia con un bebé, ha observado que los infantes no tienen un buen concepto del tiempo, y son muy impacientes. Cuando el bebé está mojado o sucio, tiene hambre o sed, o solamente quiere la atención, la quiere ya. No quiere esperar por nada. Si se tarda unos minutos, parece que el bebé piensa que se le ha abandonado. Parece que por el bebé unos minutos solamente son como la eternidad. Ahora, aparentemente es sólo cuestión de que no recibió comida, bebida, o limpieza en el momento en que lo demandó. No es gran cosa. Pero, en el subconsciente del infante empiezan a formar percepciones acerca de la satisfacción de sus anhelos. Hay inseguridad en tener hambre y no recibir nada. Alguien no se siente perfectamente amado cuando necesita la limpieza y nadie responde. Aunque el infante es el centro de su propio universo, se siente insignificante cuando grita por la atención, y nadie la da.

Aun las «fallas» normales e inocentes empiezan a socavar la confianza en otras personas para satisfacer sus anhelos. Agregado a esto, hay las fallas reales. Los padres y madres no son siempre pacientes. Son limitados y fallan. Son pecadores y pecan. Hay padres buenos que hacen todo lo posible por sus hijos, pero todavía fallan en satisfacer por completo las necesidades de los hijos, porque esto es prerrogativa de Dios. Sólo Él es capaz de saciar por completo los anhelos personales profundos. El plan divino es que solamente Él sacie por completo los anhelos de todos. Sin duda, los padres fallarán.

Hay padres malos que abusan. Hay padres que ni tratan a proveer las necesidades de sus hijos. Hay padres egoístas, adictivos, dictadores, etc. Todas estas cosas se acumulan en las percepciones subconscientes de la persona. Poco

a poco llega el entendimiento de que la satisfacción no viene por parte de los padres. Lo mismo pasa con otros familiares, los amigos, el novio o novia, el cónyuge, los maestros, los alumnos, el empleador, los empleados, etc. En toda la vida hay cosas que pasan y que refuerzan la percepción de que no hay satisfacción completa en las otras personas. La persona llega a sentirse decepcionada por la vida.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la autoimagen? Acuérdese de la descripción del proceso de racionalizar. Percibimos, analizamos y llegamos a conclusiones basadas en las percepciones y su análisis. Cuando las percepciones de carencia de satisfacción es humano que la persona empieza a analizar el porqué. Esto es un proceso que empieza bien temprano en la vida. Parece que la autoimagen ya está formada antes de los cinco años. El desarrollo se cumple en los años tiernos. Ahora, por supuesto el niño pequeño no piensa todo esto en palabras adultas, y concepciones maduras como se presenta aquí. Pero hay impresiones, dudas y creencias que se forman en su subconsciente.[1]

Los humanos ya nacen egoístas. El enfoque central, el núcleo del universo para el infante y niño joven es sí mismo. Entonces, el punto de partida para el análisis del niño es su propio ser. Llega una respuesta al «porqué» a su mente que es lógica según su punto de vista egoísta, y sus percepciones limitadas y distorsionadas por el pecado. Cuando el infante se pregunta: «¿por qué mis padres, familiares y otros no me satisfacen?», no considera la posibilidad de que los otros le han fallado. Para el infante los más grandes son perfectos, ilimitados e infalibles. Al mismo tiempo, él sabe muy bien que es pequeño, limitado y falible. Así, la respuesta lógica, pero errónea es que la falta de satisfacción es la culpa suya.

Poco a poco llega a la convicción de que hay algo defectuoso en sí mismo, y esto explica por qué la sed del alma sigue no saciada. La persona aprende a vivir con un interno vacío y desconfianza en sí mismo.[2]

En el trascurso de la vida hay muchos acontecimientos que aumentan y confirman las inquietudes personales. El padre o la madre grita con impaciencia y el hijo está más convencido de que él es malo. Los otros niños no quieren jugar con él, y le convencen de que es inepto. Personas del otro sexo se le burlan y él «sabe» que es feo. Recibe una mala nota en la escuela y su «falta intelectual» queda más confirmada.

La lista continúa.

---

[1] Dr. Larry Crabb. *Understanding People, Deep Longings for Relationship* (Grand Rapids, MI: *Zondervan Publishing House*, 1987), p. 135.

[2] *Ibíd*., p. 136.

Los acontecimientos y sucesos de la vida toman las dudas y sospechas de la infancia y las concretan. Ya no son meras dudas y cuestiones acerca de sí mismo, es una fuerte autoimagen negativa. Sin la intervención del Espíritu Santo el proceso sigue por toda la vida. Cada rato la mala imagen está reforzada. La persona puede forzarse a pensar positivo, puede aprender a «amar a sí mismo» y aun puede aceptar a Cristo como su único y suficiente Salvador. Pero, la creencia básica sigue, «soy malo, soy inepto, soy feo», etc.[3]

Una persona no puede llegar a este tipo de conclusión acerca de sí mismo y vivir tranquilamente. Hay que encontrar una forma de esconder, excusar, disfrazar o revolucionar lo que cree acerca de sí mismo. Llegar a la conclusión de que uno es defectuoso es una cosa, pero sobrevivir con tales defectos es otra. Así, de la autoimagen negativa crecen manipulaciones, intrigas y estrategias para vivir. Veremos algunas de estas, y los resultados de la autoimagen negativa en los siguientes dos capítulos.

¿Cómo es una autoimagen negativa diferente de un autoconcepto bíblico? ¿No es la verdad que la Biblia enseña que la raza humana es defectiva? ¿No es cierto que debido al pecado somos todos malos? Quizá una autoimagen negativa es realmente buena porque confirma lo que la Biblia dice acerca de las personas. Pero espere un momento.

Pensemos por unos minutos sobre las diferencias entre la auto imagen negativa y el entendimiento bíblico acerca de la persona. Será evidente que las creencias negativas acerca de su propia persona son distorsiones de la verdad bíblica. La verdad dirige la persona a la esperanza y vida. La distorsión y mentira le conduce a la desesperación y muerte.

La Biblia dice: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). La autoimagen negativa piensa: «soy malo y los otros son buenos». «Yo soy el peor, no hay esperanza para mí.»

La Biblia dice también: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:27). La autoimagen negativa cree que lo esencial de su propia persona es deficiente.

La Biblia, hablando del hombre, manifiesta: «Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies» (Salmo 8:5–6). La autoimagen negativa dice que la persona es deshonorable y no vale nada.

La Biblia presenta una vida en Cristo de arrepentimiento, honestidad e integridad. Presenta la transformación de la vida pecaminosa a ser restaurada a

[3] *Ibíd*., p. 137.

la imagen original en que estábamos creados (2 Corintios 3:18; Colosenses 3:9–10; Filipenses 1:6). La autoimagen negativa conduce a la persona a la autoprotección, a disfraces personales, a mentiras y manipulaciones.

Es menester no confundir una mala estimación de sí mismo con la humildad bíblica. La verdadera humildad es un don de Dios que nos ayuda a depender de Él y así cumplir sus propósitos para nuestra vida. Los pensamientos negativos en cuanto a su propio ser son mentiras de Satanás. Tienen el propósito de escondernos de Dios, de tratar a corregir el problema por nosotros mismos, en vez de depender de Dios. Nunca conducen la persona a los propósitos de Dios, sino a huir de Dios. La humildad es honorable, una virtud que cada cristiano debe procurar. Fomentar y mantener una autoimagen negativa es pecado, y demanda el arrepentimiento.

En el próximo capítulo veremos cómo la persona usa su voluntad (la capacidad volitiva) para proteger y esconder su mala autoimagen. Toma decisiones y forma hábitos de la vida que tienen repercusiones en toda su vida.

Pensando de nuevo en la personalidad como un témpano de hielo puede ubicar la autoimagen así:

Capítulo 8

Concepto científico 4: Capacidad volitiva

El concepto del desarrollo de la autoimagen esencial es complejo. No es algo que uno decide de un momento a otro, sino es un proceso de años. El desarrollo de la autoimagen es como dejar caer granos de arena en un vaso. Poco a poco la arena va a llenar el vaso. De manera parecida, la autoimagen que uno tiene es el resultado de los acontecimientos que experimentamos, sentimientos que nos impactan y nuestros pensamientos más íntimos. Poco a poco la acumulación de impresiones, experiencias y pensamientos forman nuestro concepto más básico acerca de nosotros mismos, la autoimagen esencial. O sea, lo que realmente creemos sobre nosotros mismos.

Pero, la autoimagen es más que sólo creencias acerca de su propia persona. Siempre actuamos basados en lo que realmente creemos. Así, lo que creemos acerca de nosotros mismos efectúa la manera en que nos presentamos al mundo, nos comportamos y, generalmente, como vivimos.

Con nuestro entendimiento de la depravación humana entendemos que la autoimagen que agarramos debe estar equivocada. Recuerde que el ambiente de la humanidad es pecaminoso. Cada aspecto de la vida humana está efectuado por el pecado. Todo está distorsionado. Esto dice que lo que percibimos para formar la autoimagen está trastornado de varias maneras.

Primeramente percibimos cosas acerca de cómo los otros se relacionan con nosotros. El problema con esto es que las relaciones humanas llevan el estigma del pecado. Yo y la persona que se relaciona conmigo somos pecadores. Así, nuestra relación está torcida por el pecado. Luego percibimos y analizamos lo que nos pasa a nosotros con la capacidad racional. Pero la misma capacidad racional ha sido tocada por el pecado.

Entonces, lo que percibimos no es completamente confiable, el análisis sobre lo mismo tampoco es confiable, ni son las conclusiones a que llegamos. Así, la autoimagen que usted, yo y todos tenemos es equivocada. El pecado ha distorsionado nuestro concepto de nosotros mismos, y lo que creemos es algo ajeno de la verdad bíblica.

Podríamos decir que la autoimagen funciona como un motor que impulsa el carácter, la personalidad, las emociones y las acciones de la persona. Fíjese, si el motor de un automóvil no está correcto, el vehículo no está correcto. De la misma manera, si la autoimagen de la persona está torcida el carácter, personalidad, emociones y acciones están retorcidos también. La persona

percibe de sí mismo como defectuoso de alguna manera. Pero, como decimos, no es una percepción bíblica, que entiende que uno es un pecador que necesita la salvación y restauración de Dios, provisto por medio de Jesucristo, sino que es una distorsión de la verdad, que se ve a sí mismo como mal hecho e irredimible.

Una persona no puede vivir tranquilamente con tal autoconcepto. Tiene que buscar una manera de vivir consigo mismo, y sobrevivir en el mundo con lo que cree acerca de su propia persona. Es en tratar a suplir esta necesidad que la capacidad volitiva juega su papel.

La capacidad volitiva sencillamente se refiere a la voluntad. Como parte de la imagen de Dios tenemos la capacidad de tomar decisiones y actuar en base de estas decisiones. Si la persona vivirá y funcionará en el mundo con lo que cree de sí mismo, tiene que tomar ciertas decisiones y tiene que actuar en base de estas decisiones. Así, en un proceso, más que todo subconsciente, la persona empieza a «inventar» a sí mismo. A fuerza de probar aprende las maneras en que puede enmascarar, proteger y negar la «realidad» de sí mismo. Se aprende cómo presentarse al mundo con disfraces.

Las formas de disfrazarse son tan variadas como el número de personas en el mundo. Sin embargo, maneras comunes son actuar como payaso, rebelde, intelectual, muy superior, muy inferior, mezquino, ilustre, tímido, hablador, jactancioso, etc.

Sobre el tiempo esta «nueva imagen» llega a ser más y más lo que él cree de sí mismo, lo que presenta al mundo, y lo que llega a ser conocido como su carácter y su personalidad. La autoimagen esencial, lo que realmente creía de sí mismo, está más y más sumergida en el subconsciente.

Luego, en el transcurso de la vida la persona apropia diferentes actitudes, formas de relacionarse y comportamientos, todos con el fin de mantener y reforzar las máscaras y disfraces. La gente aprende que «así es fulano», y la misma persona cree que eso es la verdad suya. No se da cuenta de que estas actitudes y acciones son cosas afectadas.

Lamentablemente, muchas veces las afectaciones de una persona no son completamente agradables a otra persona. Así, contribuyen a conflictos entre esposos, padres e hijos, hermanos, amigos y compañeros. Estos conflictos muchas veces toman la forma de ambos quejándose sobre el otro, y ambos defendiéndose, porque «así soy yo». He visto esto en mis propias relaciones y vez tras vez en la oficina de consejería.

Ahora, vivir manteniendo y reforzando máscaras personales es difícil. Por eso, las personas no solamente adoptan disfraces personales para esconderse de los demás, sino también agarran comportamientos para aliviar el dolor de la vida y

evitar las demandas de las relaciones. Éstos se llaman comportamientos de autoprotección y llevan diferentes formas, dependiendo de la persona y las máscaras que ha adaptado.

Unos de estos comportamientos son socialmente más aceptables que otros, pero todos pretenden hacer la misma cosa, mantener distancia de otras personas para que no puedan conocerle íntimamente.

Entre las formas más aceptables se encuentran el trabajar demasiado, desatender a su familia para lograr al «éxito»; esconder sus temores, ansiedades y debilidades para aparecer competente delante de los ojos de otros, manipular situaciones para su propio bien, vivir temerosamente, con miedo de todo; ser exageradamente tímido, y comer demasiado. Entre las formas menos aceptables a la sociedad hay beber demasiado, consumir las drogas ilegales, practicar la promiscuidad, utilizar la violencia, jactarse mucho, robar o cometer otros crímenes y vivir antisocialmente. Hay también comportamientos de autoprotección que son dañinos a la persona; tal como la anorexia, la bulimia, la masturbación compulsiva, el masoquismo, el sadismo y otros trastornos psicológicos.

Cuando el consejero se encuentra estas cosas es beneficioso reconocerlas como formas de disfrazar, de mantener máscaras y distancia entre el aconsejado y otras personas. Hemos de recordar que la persona probablemente no puede decirle por qué hace ciertas cosas (aun las más dañinas e increíbles). La respuesta está sumergida en su subconsciente junto con una mala autoimagen y decisiones tomadas sobre los años para proteger, disfrazar y esconder esta imagen. Si usted pregunta: «¿por qué haces tal cosa?», probablemente recibirá la respuesta: «porque yo soy así».

Cuando las personas aceptan a Cristo como su Salvador vienen a Él como son. Esto dice que aceptan a Cristo y todavía tienen su mala autoimagen, y sus actitudes y comportamientos trastornados por el pecado. Nuestras iglesias son llenas de cristianos con autoimágenes negativas, comportamientos desagradables y pecaminosos, pensamientos desordenados y conflictos internos y relacionales; porque tenemos la idea de que estas cosas desaparecen mágicamente cuando la persona acepta a Cristo. Estas personas sí adoran y alaban al Señor, pero sus vidas todavía son desastres. Seguro que cuando la persona acepta a Cristo el Espíritu Santo entra la vida para morar allí y cambiarla. Sin duda la persona ya es nueva criatura en Cristo. Sin embargo, la obra de la santificación es una obra del Espíritu Santo que se cumple sobre el transcurso de la vida. Él nos ha dado el privilegio de cooperar con Él en esta obra. En nuestro discipulado, cuando desatendemos los conflictos internos, las necesidades personales y las dificultades relacionales del nuevo cristiano, no estamos

cooperando bien con el Espíritu Santo, y estamos fallando al nuevo discípulo. Para que el cristiano crezca en su nueva vida y llegue a la madurez necesita ayuda en reemplazar esta mezcla de erróneos conceptos, pensamientos distorsionados y hábitos mal formados con las verdades bíblicas. Esto necesita más que solamente aprender cómo leer la Biblia y orar, alabar al Señor y testificar. Exige la ayuda de un cristiano maduro en enfrentar el error interno, reconocerlo como pecado, arrepentirse y volver a la verdad de Dios. Si nuestro discipulado no está listo para ministrar a las necesidades íntimas del nuevo creyente es un discipulado superficial e insuficiente.

Podemos ubicar la capacidad volitiva en el esquema del témpano de hielo así:

Todo lo que hemos visto en los dos últimos capítulos tiene sus consecuencias emocionales. En el siguiente capítulo consideraremos la última capacidad personal que también refleja a Dios: la capacidad emocional.

Capítulo 9

Concepto científico 5: Capacidad emocional

Parece que la capacidad emocional es la capacidad que a la vez entendemos lo más y lo menos. Sea que la entendemos más que las otras porque sus procesos no son tan sumergidos en la subconsciencia y sus consecuencias son aparentes. Pero, a la vez la entendemos menos, porque nuestras emociones son parte de nosotros que temamos.

No entendemos nuestras emociones porque muchas veces nos sorprenden. Parece que llegan sin aviso, no es fácil de predecirlas, y son difíciles de controlar. Por eso la predilección humana es ignorarlas, suprimirlas y huir de ellas.

Nuestra capacidad de experimentar, sentir y expresar las emociones es otro reflejo de Dios en nosotros. Dios es un ser emocional. Vemos unas de sus emociones en los siguientes pasajes bíblicos.

El gozo de Dios Job 38:7; Lucas 10:21; Lucas 15:5; Juan 15:11; Juan 17:3.

La ira de Dios 2° Reyes 22:13; Salmo 2:12; Juan 3:36; Romanos 1:18; Romanos 2:8; Efesios 5:6; Éxodo 4:14; Números 11:1, y más;

El amor de Dios Deuteronomio 7:8; Jeremías 31:3; Juan 3:16; Romanos 5:8; Efesios 2:4–5; 1ª Juan 3:1; Éxodo 3:7; Deuteronomio 30:3, y más.

Dios es un ser rico en emoción. Nuestra capacidad emocional es parte de su imagen en nosotros. Pero, tal como las otras capacidades, esta capacidad es un reflejo estropeado de Dios. Dios experimenta y expresa la totalidad de las emociones de manera incorrupta. Nosotros no. La corrupción del pecado hace que nuestra experiencia de las emociones sea tumultuosa. Hay subes y bajas emocionales. Hay sorpresas emocionales, conflictos emocionales, trastornos emocionales y enfermedades emocionales. Pero, esto no dice que la emoción es pecado. Sentir la emoción no es pecado, es humano. El pecado no consiste en experimentar la emoción, sino en lo que hacemos con la emoción. Nuestras respuestas a las emociones muchas veces son pecaminosas. Por la rebelión de nuestro corazón, muchas veces elegimos maneras de expresar la emoción y de responder a ella que son pecaminosas.

Las personas tienden a dividir las emociones entre «buenas» y «malas». Incluidas en las «buenas» están el amor, el gozo, la felicidad, el placer y la paz. En la lista de «malas» hallamos el temor, el enojo, la tristeza y la depresión. La vida de muchas personas consiste en la búsqueda de las «buenas» y el huir de las «malas». Aun la famosa constitución de los Estados Unidos de América contiene la frase: «todo hombre tiene el derecho a la vida, la libertad y el prosigo

de la felicidad». Por desgracia, en esta misma actitud se encuentran las semillas de las adicciones. El compromiso de nunca sentir nada mal, de buscar los sentimientos agradables a toda costa ha empujado a un incalculable número de personas a la adicción y a varios comportamientos compulsivos.

Cuando las personas buscan sólo las emociones positivas y evitan las negativas varias cosas pasan en su persona. Las emociones son un poco como los músculos, sin el uso se atrofian. Cada vez que una persona rehúsa experimentar una emoción, o trata a suprimirla, esto contribuye a un proceso de entorpecer la capacidad emocional. Poco a poco llega a ser más difícil experimentar cualquier emoción. Normalmente hay una distribución más o menos uniforme de subes y bajas emocionales en la vida.

En un gráfico, la actividad emocional normal parece como el gráfico en la figura 1. En la persona que ha pasado años evitando las emociones negativas el gráfico de sus emociones parece más como la figura 2.

En la consejería no debemos temer las emociones nuestras, ni las del aconsejado. Las emociones cumplen un papel muy importante a ayudarnos a adivinar lo que pasa en el subconsciente. Podemos decir que las emociones funcionan como ventanas al alma. En vez de temer, negar, evitar y huir de ellas debemos buscar el porqué debajo de las emociones. ¿Qué es lo que impulsa la emoción que la persona experimenta y expresa? ¿Hay hábitos, costumbres o actitudes que siempre conducen a la misma emoción? ¿La emoción está expresando un dolor del alma o más bien trata de tapar el dolor?

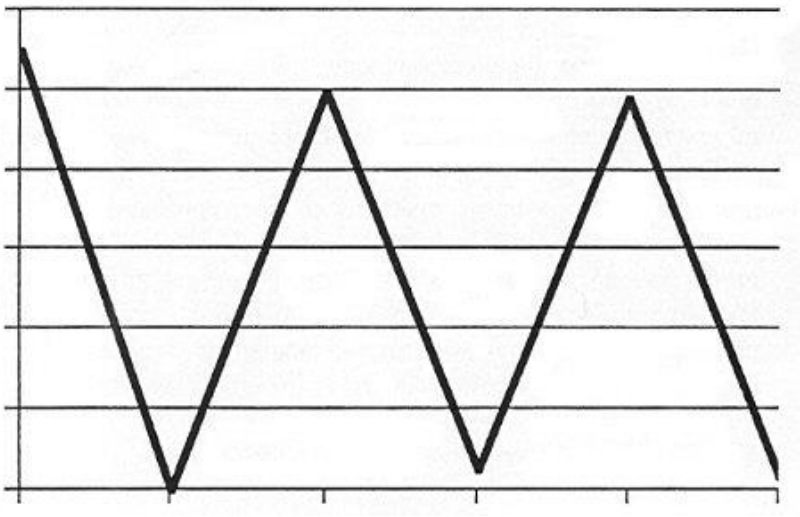


Figura 1

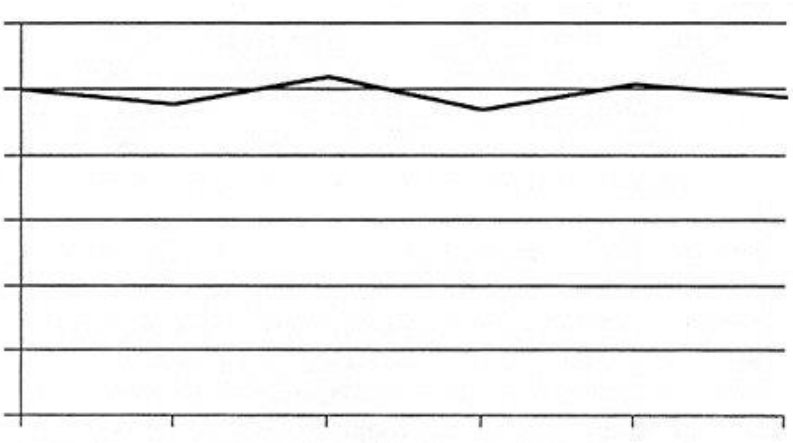


Figura 2

Cuando estamos aconsejando nunca debemos prohibir ni condenar la demostración de la emoción. Ahora, seguro que tiene que tener un poco de control sobre la expresión emocional. En mi práctica privada de la consejería, tengo dos reglas en cuanto a la comunicación de la emoción de parte de los aconsejados. En mi oficina pueden expresar cualquier emoción como quieren sin miedo de la condenación. Pero, no pueden herir a mí, ni a su propia persona, y si dañan a una cosa, tienen que pagar la cuenta. Por supuesto, una de las funciones del consejero es ayudar a la persona aprender cómo expresar su emoción de manera propia (que no hace daño a otros, ni daña a sí mismo), en las situaciones reales de la vida.

Hay que entender que suprimir la emoción, o negarla no es una manera propia de manejar la emoción. Efesios 4:26 dice: «Airraos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo». Ahora, la ira por sí mismo no es pecado. Pero es muy posible pecar con la ira. Parece que hay dos maneras principales de pecar cuando estamos enojados. Uno es hacer daño a otra persona con el enojo, el otro es hacernos daño a nosotros mismos. Una de las maneras preferidas de autodaño con el enojo es negar o ignorar el enojo. Aparentar que uno no está irritado no hace que la ira desaparezca. Lo que pasa con la ira negada es que está sumergida en la subconsciencia donde continúa acumulando y corrompiendo la vida como una infección desatendida. Muchas veces las habituales expresiones de enojo advierten de un «pozo de enojo» dentro de la persona. El versículo dice que «no se ponga el sol sobre nuestro enojo». Esto no dice tanto que debemos estar en un buen humor antes de dormir (aunque es una buena idea), sino que debemos tratar con el enojo inmediatamente. Es pecado desatender el enojo y permitirlo amontonar en nuestra alma, o subconsciente, porque llega a la amargura. El enojo ignorado, temprano o tarde va a expresarse de una manera no saludable.

¿Qué es la conexión entre la capacidad emocional y las otras capacidades personales, y la autoimagen? Muchas veces, parece que las emociones aparecen de nada, y no tienen ningún razón. ¿Es la verdad, o hay un proceso que llega a la experiencia de la emoción?

Recuerde que, una vez que la persona ha llegado a conclusiones acerca de sí mismo que forman su autoimagen esencial, toma y actúa en base a decisiones para enmascarar su autoimagen. El problema es que las máscaras nunca funcionan muy bien. Siempre hay el temor de que alguien va a descubrir cómo uno «es realmente». Hay el perpetuo miedo de que el disfraz no servirá. Lamentablemente, los temores tienen razón. La respuesta de una mala autoimagen no es esconderse, sino descubrirse a Dios, pidiéndole su perdón, salvación y restauración a su propia imagen. Mientras que uno se esconde se frustra. El intento de vivir detrás de máscaras no tiene mucho éxito, y siempre empuja a la gente más y más lejos de uno. Es una continuación de la misma angustia de Adán y Eva que les hizo cubrirse con hojas de higuera y esconderse el uno del otro y de Dios. Las hojas de higuera no funcionaban muy bien, y Dios sabía dónde estaban escondidos. De igual modo los disfraces del hombre moderno tratan de hacerse más aceptables, pero sólo funcionan para distanciarse de las personas más importantes de la vida. Así, la persona ha de tratar de mantener y reforzar sus viejas máscaras, e inventar nuevas. Todo esto gasta energía emocional. Frustra y cansa a la persona. Llega a enojo, frustración, depresión, amargura y desesperación.

Así, la evidencia de enojo, depresión, frustración amargura y desesperación es una clave para el consejero. Muchas veces señalan que la persona está tratando de esconder algo, o tratando de buscar su propia manera de hacer funcionar la vida, sin depender de Dios. Con preguntas bien construidas el consejero puede ayudar a la persona a entender su propia persona, y descubrirse a Dios (veremos cómo hacer preguntas que pretenden llegar a estos resultados en el capítulo 13).

Una de las tareas más difíciles en la consejería es ayudar a la persona realmente a experimentar y beneficiar de sus propias emociones. Hablando de manera general, los hombres tienden a negar e ignorar sus emociones, y las mujeres tienden a usarlas para esconder el asunto real, o manipular la situación. Un consejero que entiende la relación entre las emociones y los otros procesos subconscientes puede usarlas para ayudar a la persona a entender los cambios que el Espíritu Santo necesita cumplir en su vida. Para hacer esto tiene que dirigir a la persona a realmente experimentar sus emociones y expresarlas de manera sana, en vez de negarlas, o utilizarlas para manipular. Veremos más de esto en la unidad sobre las técnicas o métodos de la consejería.

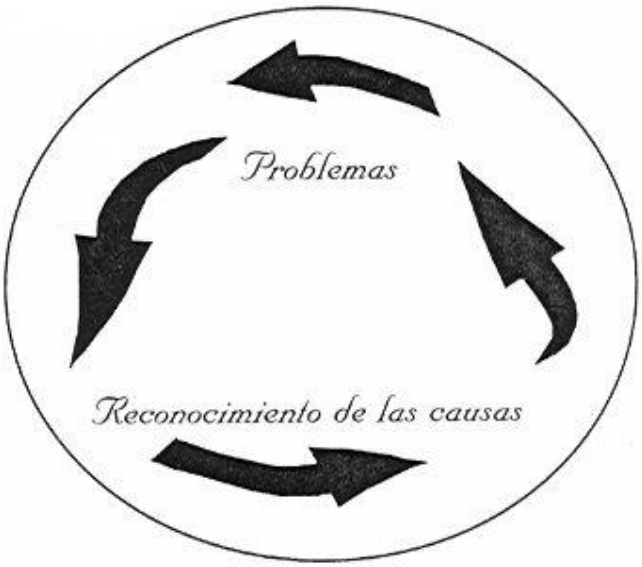
Las emociones no son la única señal de lo que pasa en el subconsciente del individuo. También hay comportamientos, hábitos y maneras de relacionarse. Sin embargo, las emociones son importantes al ministerio de la consejería. El consejero debe considerarlas como ventanas del alma. No debe temerlas, rehusarlas, ni prohibirlas, sino darlas la bienvenida de buenos amigos.

Los modelos comunes del discipulado tienden a ignorar, o menospreciar las emociones. Un modelo tradicional usa el dibujo de un tren para explicar las emociones. Dice que los hechos son la locomotora, la fe es el segundo vagón, y los otros son las emociones. Dice que las emociones no importan, solamente tiene que poner la fe en los hechos. Ahora, la intención del dibujo es admirable, y es seguro que nuestra salvación no depende de la emoción, sino de la fe en los hechos cumplidos por Cristo. Pero, en nuestro discipulado no debemos ignorar, prohibir ni menospreciar la emoción. La experiencia de todas las emociones, positivas y negativas, es parte normal e importante de la vida humana. Mientras que el Espíritu Santo restaura la vida dañada por el pecado, habrá emoción. La experiencia y expresión de varias emociones puede ser la avenida para la obra profunda del Espíritu Santo en la restauración de la vida.

Capítulo 10

Responsabilidad personal: el arrepentimiento

Uno de los errores más comunes de la consejería es ayudar a las personas a entender el dolor y daño de su propia vida y cómo éstos han influido en los problemas actuales, pero dejarles allí. O sea, que la persona se reconoce como víctima, pero nunca aprende cómo salir de su victimización. Así, no hay ayuda ni resolución de sus problemas. Antes de recibir la consejería era una persona con problemas que no entendía. Ahora es una persona con problemas que entiende más, pero aún con los mismos problemas. Este tipo de consejería se puede dibujar según la siguiente figura:



Llega a ser un círculo vicioso. Se llama un círculo de victimización. La persona reconoce correctamente que hay razones para sus problemas, y que está sufriendo las consecuencias del pecado de otros, su propio pecado, y las consecuencias de vivir en un mundo pecaminoso. Pero se queda con los problemas y su nueva postura como víctima. Ahora es una persona con problemas y excusas. Realmente nada ha cambiado. Siendo que queremos crear discípulos de Jesucristo, no víctimas con excusas, debemos incluir más en la consejería.

El problema con este tipo de consejería es que pasa por alto la responsabilidad personal del aconsejado. Para entender la responsabilidad personal, necesitamos entender la naturaleza del pecado.

La Biblia a veces menciona unos pecados particulares que cometen distintas personas. Pero principalmente habla del pecado en forma singular, como una condición de la humanidad. Los siguientes versículos son ejemplos:

Romanos 3:9: «¿Qué pues? ¿Somos mejores que ellos? En ninguna manera, porque ya hemos acusado a judíos y a griegos, que todos están bajo *pecado*».

Romanos 3:20: «Porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de Él; porque por la ley es el conocimiento del *pecado*».

Romanos 5:12: «Por tanto, de la manera que el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el *pecado* la muerte, la muerte así pasó a todos los hombres en aquel en quien todos pecaron».

Juan 1:29: «El siguiente día ve Juan a Jesús que venía a él, y dice: He aquí el Cordero de Dios, que quita el *pecado* del mundo».

Juan 8:21: «Y les dijo otra vez Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, mas en vuestro *pecado* moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir».

(Itálicas añadidas por el autor)

Bíblicamente, vemos el pecado como más que actos malos, particulares, sino una condición de rebelión, autosuficiencia y revuelta contra Dios. Los actos malos son evidencias de la condición. Es una condición universal. Cada ser humano nace con ello, y vive su vida como pecador. Podríamos comparar el pecado con una enfermedad. Es una enfermedad congénita. Desde Adán cada persona la tiene. Su única cura es el arrepentimiento. Con el arrepentimiento el ser humano renuncia la búsqueda para sus propias soluciones y depende de Dios. No solamente los actos malos, sino el hecho de ser pecador, la condición pecaminosa llama para el arrepentimiento.

Todo el proceso de formar la autoimagen errónea, tratar de esconderla, vivir con máscaras y buscar maneras de protegerse a sí mismo, son actos que carecen de dependencia en Dios. Es lo mismo que hicieron nuestros padres originales cuando trataron de solucionar su problema por ellos mismos, cosieron delantales de hojas, y se escondieron de Dios. Este tipo de auto suficiencia es pecado y evidencia la rebelión del corazón humano. Para encontrar soluciones y salida de sus problemas el aconsejado necesita reconocer su propia responsabilidad, reconocer su pecado y arrepentirse.[1]

Tendemos a pensar que porque algo es subconsciente no somos responsables por ello. Pero esto revela un defectuoso pensamiento acerca del pecado. No somos culpables porque cometemos pecados. Somos culpables porque somos pecadores, llevamos en nuestra persona la condición del pecado. El hecho de ser pecador significa que uno es responsable, no a pagar el precio por su pecado (Cristo ya ha hecho esto), sino a arrepentirse de ello. Así, todo lo

[1] Dr. Larry Crabb. *Understanding People, Deep Longings for Relationship* (Grand Rapids, MI: *Zondervan Publishing House*, 1987), p. 138.

que pertenece al pecado, incluyendo sus procesos subconscientes necesitan del arrepentimiento.

Quizá podemos ilustrar el problema utilizando el ejemplo del SIDA. Esta enfermedad tan horrible fluye en la sangre. Así, lastimosamente, hay personas que nacen con el síndrome porque su mamá lo ha pasado a ellos. Tenemos una gran compasión para las personas que sufren de esta desafortunada condición. Pero, imagínese que descubren la cura para el SIDA. Imagínese que hay una persona sufriendo porque nació con el SIDA. Alguien le dice de la cura, y su respuesta es ésta: «no creo que tengo que tomar la cura, porque recibí la enfermedad de mi mamá, no me infecté por mis propios actos. No soy yo responsable». Fíjese, es cierto que tener el SIDA no es la culpa suya. Otra persona se infectó y le pasó la enfermedad a él. Sin embargo, todavía tiene el SIDA, y es responsable para tomar la cura.

De manera semejante, somos pecadores, con todos los resultados del pecado. Recibimos la condición por medio de nuestros padres originales, y por todo el linaje humano, no teníamos alternativa. De todos modos, uno de los resultados del pecado es la culpa. De hecho somos pecadores como culpables. El único remedio por el pecado es el arrepentimiento y somos responsables para tomarlo.

El arrepentimiento es otro término que muchas veces no entendemos muy bien. El problema es que pensamos que la base del arrepentimiento es la culpa, y para arrepentirse alguien tiene que llevar la culpa. Como humanos no queremos admitir ni un trozo más de culpa de lo que merecemos, o pensamos que merecemos (la mayoría de la gente ni quieren admitir lo que es obvio que merecen). Pero el arrepentimiento no se base en la cantidad de culpa sino en la necesidad. Somos pecadores, y uno de los resultados del pecado es la culpa. Pero nos arrepentimos porque necesitamos de Dios.

El arrepentimiento es dejar nuestros propios esquemas para tratar de solucionar el problema del pecado, dejar la autoprotección, los disfraces, máscaras y muros en la vida, y volvernos a la bondad, misericordia, perdón y satisfacción de Dios. Es abandonarnuestros propios intentos de saciar nuestros anhelos personales, para encontrar la satisfacción en Dios.

Yo fui criado en un hogar bastante estricto, y en un grupo fundamentalista que practicaba más acusación, culpa y demanda de sumisión, que misericordia y libertad. En mi niñez y juventud el arrepentimiento siempre me parecía como una cosa pesada. Representaba para mí sentimientos de culpa sin alivio, confesión sin perdón y una forma de autoflagelación. Pero esto no es el verdadero arrepentimiento. Esto es un dibujo de afán y esclavitud cruel. De verdad, el arrepentimiento representa el descanso, la libertad y el alivio. En el

arrepentimiento la persona ya no tiene que tratar de solucionar estos problemas graves por sí mismo, cesa del intento de hacer todo por sí mismo, para descansar en Dios. El arrepentimiento es terminar de cavar sus propias cisternas que no detienen agua, para saciarse con el pozo de agua fresca y abundante, Dios mismo.

El arrepentimiento es necesario para la salvación, pero también es necesario para vivir la vida cristiana, y debe caracterizar la vida del discípulo buscando a Dios. El arrepentimiento es mucho más que confesar el pecado y decir: «lo siento». Es llegar más y más a conocerse a sí mismo. Es el compromiso de reconocer sus propias manipulaciones, debilidades, máscaras y métodos de autoprotección. Es el rehúso de depender de estas cosas y el compromiso de depender de Dios. Una vida de arrepentimiento es necesaria para que el discípulo crezca espiritualmente. Juntamente con el discipulado que enseña al nuevo creyente cómo orar, leer la Biblia y testificar, debemos demostrarle el gozo de depender de Dios. Debemos enseñarle la vida del descanso espiritual, la vida del arrepentimiento.

Al principio del capítulo vimos que la consejería que se enfoca solamente en las causas de los problemas llega a ser un círculo vicioso que siempre vuelve a los mismos problemas. Pero si la consejería dirige al aconsejado a reconocer su propia responsabilidad en el desarrollo de sus problemas, y a arrepentirse, le dirige a disfrutar de la presencia de Dios, al perdón y el ministerio a otros personas.

En el siguiente capítulo veremos cómo el perdón y el ministerio van mano a mano para conducir al aconsejado fuera del círculo vicioso para disfrutar la vida abundante en Cristo.

Capítulo 11

La meta de la consejería: el ministerio a otros

Uno de los conceptos que muchos cristianos tienen acerca de la consejería es que es una actividad que nunca tiene salida y en lo cual pasan horas sin fin, hablando de los mismos problemas que nunca se solucionan. Tienen razón si la consejería se practica sin metas bien definidas. Para que la consejería tenga resultados positivos, y pueda acompañar el discipulado de manera útil, tiene que dirigirse a algo.

La meta sobresaliente de la consejería bíblica es la misma que tiene el discipulado, que la persona llegue a ministrar a otros. O sea, que el enfoque de la persona no esté en sí mismo y sus propios problemas, sino en ayudar a otros a solucionar sus problemas.

En el camino hacia el logro de esta meta hay otros dos objetivos que tenemos que cumplir. Vimos el primero en el último capítulo. Sin la vida de arrepentimiento no hay una verdadera vida de ministerio.

El otro elemento imprescindible para el ministerio es el perdón. En el largo y, a veces, complicado viaje hacia la salud mental, emocional y espiritual, el aconsejado llega a discernir ciertas verdades. Reconoce que el sufrimiento de su vida es el resultado principalmente del pecado. Pero, no es solamente su propio pecado, sino una mezcla del pecado que él ha cometido, del pecado que ha sido cometido contra a él, y de ser miembro de una raza pecaminosa. En sí, las luchas, conflictos, emociones y necesidades que mandan la consejería resultan de la depravación humana. Vimos en el capítulo anterior que el aconsejado tiene que admitir su propia responsabilidad en la formación de sus problemas. Pero también hay otros responsables. Seguro que cada persona ha desarrollado su propia autoimagen, ha decidido sus propias maneras de esconderse de Dios y otros, y ha tratado a vivir independiente de Dios.

Pero, ¿qué de las personas y eventos que le han empujado hacia las conclusiones erróneas y las decisiones equivocadas? ¿Es solamente cuestión de admitir su propia responsabilidad y olvidarse de lo malo que le ha pasado?

Alguien que hace esto nunca disfrutará la bondad de Dios, sino que pasará su vida agotada por sentimientos de culpa. Por eso el perdón es tan necesario.

Hasta que una persona llegue a perdonarse a sí mismo y a perdonar a aquellos que le han hecho daño, nunca será librada para ministrar a otros. Vemos la madurez del discípulo y el éxito en la consejería cuando la persona llega a perdonar y empieza a ministrar a otros.

Ahora bien, ¿en qué consiste el verdadero perdón?

En su excelente libro, *Bold Love* (*El Amor Audaz*), el Dr. Dan Allender contradice unos conceptos comunes acerca del perdón y nos explica de lo que consiste el verdadero perdón. Él dice que el perdón no es un evento, sino una obra continua del Espíritu Santo.[1]

O sea, que semejante al arrepentimiento, el perdón es un estilo de vida. Él dice que siempre estamos en proceso de profundizar nuestro perdón, mientras que descubrimos la profundidad de las heridas que hay dentro de nuestro propio ser.[2]

Así, el perdón es un proceso de sanar el alma. La curación del alma es parte del crecimiento espiritual, de la restauración que vimos en el capítulo cuatro. Entendido de esta manera, el perdón continuará perfeccionándose hasta que regrese el Señor Jesucristo. ¿Cuántas veces, en el discipulado, hemos desafiado al discípulo a vivir perdonando a aquellos que le han hecho daño?

El Dr. Allender también resiste la idea corriente de perdonar y olvidar. Propone el argumento de que esta idea viene de una metáfora que la Biblia usa acerca de Dios.[3]

La Biblia usa la figura de olvidar para explicarnos lo que Dios hace con nuestro pecado, cuando nos perdona. Pero, si pensamos bien acerca de Dios, sabemos que Él es perfecto, y no es olvidadizo. La manera en que Dios «olvida» nuestro pecado es anular la deuda de ello. Dice el autor Allender: «Perdonar a otro significa anular la deuda que nos debía y proveer una oportunidad para el arrepentimiento y restauración de la relación rota»[4] (traducido por el autor).

También tendemos a confundir los conceptos del perdón y la reconciliación. ¿Es necesario reconciliarse para realmente perdonar? Si no hay reconciliación, ¿el ofendido ha perdonado? Son preguntas difíciles, pero para disfrutar la curación del alma que la vida de perdón trae es importante entender las diferencias que hay entre el perdón y la reconciliación.

La motivación sobresaliente que empuja el perdón es el deseo para, y la esperanza de la reconciliación.[5] Sin embargo, no son la misma cosa. Aunque el

---

[1] Dan Allender. *Bold Love* (Colorado Springs, CO.: NavPress, 1992), p. 158.

[2] *Ibíd*.

[3] *Ibíd*., p. 159.

[4] *Ibíd*., p. 160.

[5] *Ibíd*., p. 161.

perdón es necesario para la reconciliación, el contrario no es la verdad. Es posible perdonar aun cuando la reconciliación no es posible.

El perdón no necesita la participación de más que una persona. La persona ofendida decide perdonar, decide anular la deuda del ofensor. El ofendido decide dejar las consecuencias, el pago y la venganza para la ofensa en las manos de Dios. Ya no busca más la recompensa. Para esto, no necesita de la colaboración del ofensor. Por supuesto, sería mejor, y es más fácil perdonar y seguir hacia la sanidad del alma, si el ofensor confiesa lo que ha hecho, y pide el perdón. Pero la acción de perdonar no depende de la confesión y petición del ofensor, sino de la decisión del ofendido.

Al contrario, la reconciliación depende de la acción de los dos involucrados. Por supuesto, el ofendido tiene que perdonar. Si todavía guarda el rencor, busca la venganza e insiste en que el ofensor sufra las consecuencias de su acción, no habrá reconciliación. Pero necesita la confesión y arrepentimiento del ofensor. Si el ofensor no admite lo que ha hecho, ni reconoce el daño infligido sobre el otro, y sigue con la misma actitud y acciones, la reconciliación no es posible.

La reconciliación es la restauración de la relación rota por la ofensa. El perdón invita a la reconciliación, abre la puerta para que pueda pasar, si y cuando el ofensor confiesa y se arrepienta.[6]

La reconciliación siempre debe ser el deseo profundo y la búsqueda ardiente de la persona perdonando. Pero la falta de reconciliación, o aparente imposibilidad de la misma, jamás es excusa para no perdonar. Cuando haya verdadero perdón, y el ofensor se haya arrepentido, siempre se deberá buscar la reconciliación.[7]

Sin embargo, a veces hay heridas profundas que afectan la vida, pero la persona no está seguro de quién debe perdonar. Esto puede ser el caso especialmente para aquellos que han sufrido algún tipo de abuso en su niñez y juventud. A veces la persona está tan confundida por lo que pasó, y se siente tan traicionado por personas cercanas que necesita ayuda para identificar a aquellos que debe perdonar. El consejero-discipulador le debe ayudar. Lo siguiente es una lista posible de las personas que el aconsejado quizá debería perdonar. Hay que entender que solamente el ofendido, con la dirección del Espíritu Santo, puede determinar a quién necesita perdonar. El consejero no debe insistir en que la persona perdone a cada persona en esta lista, ni que no debe perdonar a alguien que no aparece aquí. La razón para estas sugerencias es asistir al consejero y

---

[6] *Ibíd*., p. 162.

[7] *Ibíd*.

aconsejado a examinar la vida y corazón del aconsejado para determinar a quién debe perdonar.

***Las personas que le han causado algún tipo de daño**. Esto incluye a personas que han cometido una ofensa real, y aquellos que han hecho daño por negligencia, falta, y hasta aquellos en que la ofensa solamente está en la percepción del aconsejado. (Recuerda que el perdón no necesita la confesión del ofensor, ni requiere el enfrentamiento del ofensor. Por supuesto las ofensas que no son nada más que la percepción del aconsejado, no se deben confrontar, ni debe el "ofensor" confesar algo que no pasó.) Estas personas pueden incluir padres, otros parientes, amigos, compañeros, maestros, y empleadores.*

***Personas que podrían (o parece que podrían) detener el daño,**, pero no lo hicieron. Muchas veces una víctima del abuso se siente tan traicionado por el padre o madre que no hizo nada en contra del abuso, que por la persona que le ha abusado. También, muchas veces, la víctima guarda rencor y amargura contra Dios por lo que le pasó. Dios es poderoso, pero parece que no hizo nada, cuando él le necesitaba más. Por supuesto, Dios no es culpable, sin embargo, muchas personas necesitan tomar la decisión de perdonarle. Así, están capacitados a desahogarse del rencor, amargura y odio que sienten contra Dios.*

***Sí mismo**. Personas muchas veces sienten que podrían hacer algo para prevenir lo que les pasó. «Si no fuese yo tan tonto, tan feo, tan débil, etc., no me hubiera pasado.» Este tipo de pensamiento demuestra la convicción de que él mismo debe ser autosuficiente. La persona todavía no depende completamente de Dios, sino afirma la creencia de que debe depender de sí mismo. En vez de ver que se necesita ciento por ciento de Dios, cree que si él mismo hubiese sido diferente hubiera podido manejar la situación por sí mismo. Cuando la persona cesa de echarse la culpa a sí mismo está librado a recibir el perdón de Dios, y depender de Él.*

El verdadero perdón no insiste en echar la culpa al ofensor. No niega lo malo que le ha pasado. No trata de excusar las malas acciones del ofensor, ni pretende olvidarlo, sino de dejar las cuestiones de culpa, responsabilidad, retribución, disciplina y castigo en las manos de Dios. La única manera en que una persona puede realmente perdonar, es confiar completamente en Dios.

Cuando el aconsejado llega hasta el punto de vivir una vida de verdadero perdón, ha sido liberado para ministrar a otros. Mientras que está todavía guardando rencor, viviendo con amargura, buscando venganza y preguntando acerca de por qué algo pasó, en su mente y espíritu está esclavizado a esta incidente. Es como si fueran cadenas que le atan al ofensor y al acontecimiento

o a los acontecimientos que le hicieron daño. Pero, viviendo en el perdón quita las cadenas y libra la mente y corazón del individuo para enfocar a otras cosas.

Uno de los requisitos para que una persona tenga la salud mental, emocional y espiritual es el enfoque de su vida no egocéntrico, sino hacia otros. El verdadero perdón libera a la persona para depender de Dios por sus necesidades y preocuparse por las necesidades de otros.

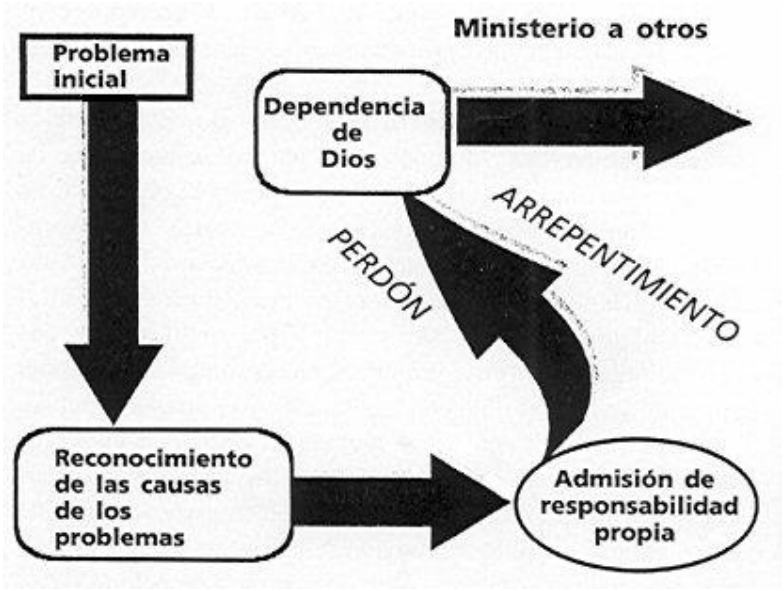
Cuando decimos que el ministerio a otros es la máxima meta de la consejería, no estamos hablando tanto de acciones de ministerio, como predicar, cantar, testificar, enseñar, etc., sino de las actitudes de ministerio.

Una persona que siempre se preocupa por sí mismo, por sus propios problemas y lucha continuamente con sus propias relaciones no es capaz de considerar las cargas de otros. La vida de perdón desempeña la persona de todo esto. No quiere decir que no tiene problemas ni preocupaciones. Tampoco significa que la persona que está perdonando nunca sentirá más los efectos de los daños personales que ha sufrido. Pero no vive absorbido por estas cosas. Su tiempo no está consumido por la victimización de su vida. Así, puede ocuparse de otros. Ya, en vez de enfocar sus propias necesidades y problemas tiene la habilidad de sentir con otros y en vez de egocentrismo hay empatía. En vez de esconderse detrás de máscaras, puede aceptar a otros como son, con el propósito de colaborar con el Espíritu Santo en la restauración de sus vidas.

Una vida de ministerio es una vida con Cristo al centro, que se proyecta hacia otros para su bien. Los elementos que componen una vida de ministerio son el arrepentimiento y el perdón.

Con razón el discipulado busca que el discípulo esté involucrado en ministerio y haciendo nuevos discípulos. Pero demasiadas veces el enfoque está completamente en la realización de ciertas actividades, en vez de las actitudes del corazón. Es muy posible predicar, enseñar, testificar y aun orar y todavía estar completamente preocupado por sí mismo. Pablo habla de este tipo de «ministerio» como «madera, heno y hojarasca» (1ª Corintios 3:12). Si no dirigimos nuestros discípulos en el camino del arrepentimiento y perdón, estamos en peligro de dirigirles a un «ministerio» superficial y egocéntrico.

La figura siguiente pretende dibujar el proceso completo de la consejería bíblica desde el problema inicial que motiva la consejería hasta la meta final de vivir en ministerio.



Esto nos trae al final de la segunda unidad, hemos establecido unos fundamentos bíblicos y científicos para entender el ministerio de la consejería.

Ahora es tiempo para considerar los métodos que el consejero debe usar para ayudar al aconsejado a ver lo que pasa en su propia vida, para que llegue hasta el punto de arrepentirse, perdonar y ministrar a otros. Empezamos en el próximo capítulo con el arte de escuchar.

Unidad 3

Métodos del ministerio de aconsejar

Introducción a la Unidad 3

Hemos dicho que la buena consejería es mucho más que saber y practicar ciertos métodos o técnicas de aconsejar. El uso de las técnicas sin el entendimiento de lo que la consejería pretende buscar y cumplir no es recomendable. En las otras unidades del libro hemos pretendido presentar unos entendimientos fundamentales, bíblicos y científicos acerca del ser humano. Este conocimiento forma un cimiento para la práctica de la consejería.

El entendimiento de los procesos que conducen al individuo a ciertos comportamientos, hábitos y respuestas emocionales ayuda al consejero a descubrir qué pasa en la vida actual del aconsejado. La comprensión de lo que la consejería pretende cumplir en la vida del individuo provee al consejero la visión de dónde quiere dirigir al aconsejado en su vida personal.

También hemos pretendido presentar cómo este tipo de entendimiento debe informarnos en el discipulado de nuevos conversos. Personas vienen a conocer a Cristo, de diferentes trasfondos y experiencias personales. Pero una cosa es universal. El trasfondo de todos, y las experiencias de todos han sido afectadas por el pecado. Cuando la persona acepta a Cristo como su único y suficiente Salvador, está redimido, y el Espíritu Santo empieza la obra de restaurar su vida hacia la imagen de Cristo. Un buen discipulado debe cooperar con tal restauración.

Pero, todo este conocimiento solamente es útil si está aplicado prácticamente al ministerio de la consejería y discipulado. Así, debemos considerar unas sugerencias de cómo dirigir las sesiones de consejería, y cómo aplicar lo que hemos aprendido a la vida de la persona que pretendemos ayudar y discipular.

Esta última sección del libro pretende sugerir métodos que son útiles para aconsejar a personas. Las sugerencias surgen de lo que he aprendido de mi propia experiencia y lo que he aprendido por la enseñanza de otros con mucha más experiencia que la que tengo yo. Son sugerencias no son métodos fijos, concretados que nunca varían. Cada situación de la consejería es diferente. Cada aconsejado tiene distintas experiencias y necesidades. Cada discípulo viene a Cristo con su experiencia y su historia única. El consejero sabio no busca fórmulas que se pueden usar para resolver cualquier problema, sino que busca el conocimiento íntimo de la vida del aconsejado, para aplicar la verdad bíblica con sabiduría. El discipulador sabio no busca fórmulas fijas que pretenden causar el crecimiento espiritual pase lo que pase, sino que busca las llaves para abrir la vida del nuevo convertido al ministerio del Espíritu Santo. Solamente el Espíritu Santo sabe todas las necesidades de uno. Sólo el Espíritu Santo puede traer soluciones verdaderas a la vida. Únicamente el Espíritu Santo puede producir el crecimiento espiritual.

Para finalizar, quiero recordar al nuevo consejero que no hay maestro igual a la experiencia. Los métodos descritos aquí, deben ser adaptados, cambiados y aplicados según la situación del aconsejado, y la experiencia y gusto del consejero bajo la dirección del Espíritu Santo.

Capítulo 12

Escuchar

«¡No sé por qué estas personas buscan mi consejo!» La hermana, obrera por muchos años, estaba frustrada. «Nunca me obedecen cuando les digo lo que deben hacer, entonces, ¿por qué piden los consejos?»

Esta preciosa obrera del Señor era muy seria con su deseo de ayudar, y muy frustrada de no ver resultados, pero también, muy equivocada sobre lo que compone la consejería. El consejero sabio sabe que el aconsejado va a cumplir mucho más lo que él mismo descubre, que lo que el consejero le dice. Así, la obra del consejero no es tanto decir al aconsejado lo que debe hacer, ni explicarle el porqué de sus problemas, sino ayudarle a descubrir lo que pasa en su vida, y lo que debe hacer en base a esto. El consejero facilita el autodescubrimiento.

Para hacer esto tenemos que aprender cómo escuchar. Un gran porcentaje de la consejería es escuchar. Un buen consejero debe escuchar más que hablar, y preguntar más que decir. Por medio de oír lo que dice el aconsejado y cómo lo dice, llegamos a conocer al aconsejado. Necesitamos que la persona nos cuente lo que está pasando y lo que ha pasado en su vida. Necesitamos oír de sus emociones personales. Oyendo estas cosas llegamos a tener una idea de qué facetas de su vida son problemáticas, y cómo debemos ayudarle a explorar estas áreas. Basado en lo que la persona nos dice, y cómo lo dice decidimos qué preguntas hacer, para oír más y conocerle mejor. La persona recibiendo consejería va revelándose poco a poco. No debemos esperar a oír toda la historia la primera o segunda vez que hablemos sobre sus problemas. No vamos a descubrir las heridas de su vida inmediatamente. No debemos esperar entender los disfraces, máscaras y estrategias de autoprotección que uno usa solamente por hablar una o dos veces. Tampoco debemos pensar que el aconsejado va a entender y cambiar sus hábitos malos solamente por tener una o dos conversaciones con el consejero. El consejero que quiere realmente discipular a su aconsejado tiene que comprometerse a escuchar vez tras vez.

Seguro que hay una forma de consejería que se llama *brief therapy counseling*, consejería de terapia breve. Esto es útil para la consejería inmediata después de un crisis o tragedia. Es útil para ayudar a la persona a que vuelva a una vida equilibrada. Pero la consejería que acompaña el discipulado busca cambios profundos de la vida, no sólo soluciones inmediatas. La consejería bíblica que presenta este libro pretende facilitar el crecimiento espiritual, la sanidad de relaciones y la maduración de ministerio. Esto toma tiempo, y

necesita el oído de un consejero lleno de comprensión, compasión y perseverancia.

Pero el arte de escuchar es mucho más que solamente oír la voz de alguien. Todos hemos aguantado la situación en que hablamos con alguien y es obvio que aunque nos oye realmente no escucha lo que decimos. Quizá oye las palabras, y aun podría repetir lo que decimos, pero realmente no entiende. No comprende el sentido de lo que contamos, o no capta el sentimiento que motiva lo que decimos. Lastimosamente, es muy probable que todos hayamos estado en la situación de oír de esta manera también. Es cierto que en estas circunstancias el oyente oye pero no escucha.

Cuando escuchamos al aconsejado debemos prestarle el ciento por ciento de nuestra atención. No debemos permitirnos estar distraídos por otros factores. Hay dos clases de cosas que pueden estorbar el escuchar bien. Hay cosas del ambiente y hay cosas de la mente.

Para controlar los disturbios del ambiente no es muy recomendable aconsejar en lugares públicos, el hogar, o donde hay mucho ruido. Si ha de aconsejar en uno de estos lugares, busque el que tiene menos distracciones y el que sea más tranquilo.

Pero, en mi experiencia, las distracciones mentales del mismo consejero son las más difíciles de controlar. Si, mientras el aconsejado habla, el consejero está pensando en lo que va a responder, o de la próxima pregunta que va a lanzar, no está escuchando. Si el consejero está pensando en qué solución debe ofrecer al aconsejado, o buscando el versículo de la Biblia que quiere compartir, o cómo le parece su consejería al aconsejado, no está escuchando. Si el consejero está preocupado por sus propios problemas, pensando con parte de su cerebro sobre su horario, o cualquier otra cosa personal, no está escuchando.

Escuchar es más que oír. Es estar realmente presente con el individuo que estamos aconsejando. Es ponerse a un lado sus propios problemas, necesidades y agenda para concentrarse en lo que pasa con el aconsejado. Escuchar es prestar atención especial a lo que el aconsejado dice, lo que no dice y cómo lo dice. Es esforzarse a compartir, entender y tener empatía para los sentimientos del aconsejado.

Hay que entender este asunto de la empatía. Es posible enterrarse tanto en los sentimientos del aconsejado, involucrarse tan emocionalmente e identificarse con sus emociones hasta tal nivel, que solamente esté compadeciéndose, pero no aconsejando. Pero a la vez es posible ser tan objetivo en oír los problemas y emociones de uno que su consejería sea fría. Tal consejería comunica al cerebro, pero deja al corazón vacío.

Cuando escuchamos al aconsejado debemos identificarnos con sus experiencias y emociones para entender la manera, consciente o inconscientemente, en que él ha tratado de manejar las experiencias de su vida. En escuchar a la persona queremos llegar a entender sus maneras de tratar de manipular la vida, en vez de depender de Dios, de identificar sus propias estrategias de vivir escondiéndose de Dios. Debemos considerar lo que él nos cuenta sobre su vida, sus emociones, dificultades, frustraciones, deseos y decepciones como pequeñas ventanas que nos dan vislumbres a su subconsciente.

Así entonces, queremos escuchar de los acontecimientos de su vida. Queremos que el aconsejado nos comparta sus reacciones emocionales de lo que le ha pasado, y de lo que actualmente le pasa. Queremos observar patrones de reaccionar, hábitos emocionales e identificar sus formas habituales de enfrentarse con la vida.

Pero, cuando entendamos estas cosas e identifiquemos las maneras en que él mismo contribuye a sus problemas por reacciones y hábitos, no debemos solamente explicar esto al aconsejado. Recuerde que no queremos que siga con los mismos problemas y con buenas explicaciones de ellos. Queremos que llegue a arrepentirse de todo esto para vivir dependiendo de Dios y ministrando a otros. Por eso es importante utilizar preguntas que le van a ayudar a descubrir por sí mismo lo que pasa en su subconsciente, en sus formas de actuar, reaccionar y relacionarse. Las preguntas que hagamos, y cómo las hagamos serán mucho más importante que las instrucciones y explicaciones que demos. Si la mayoría de la consejería es escuchar, la segunda más frecuente actividad es preguntar. En el próximo capítulo consideraremos el arte de preguntar.

Capítulo 13

Preguntar

Obviamente, si el consejero va a escuchar, el aconsejado tiene que hablar. Pero, ¿debe el aconsejado hablar de lo que quiera, o puede el consejero dirigir la conversación de alguna manera? ¿Cómo podemos asegurar que escucharemos las facetas problemáticas de la vida del aconsejado? ¿Qué pasa si el aconsejado habla mucho pero nunca revela de sí mismo, cómo podemos ayudarle? O, ¿qué vamos a hacer si el aconsejado no quiere hablar?

Estas son buenas preguntas, y muy apropiadas a la actividad de aconsejar. La respuesta corta es que tenemos que aprender cómo preguntar. Todos sabemos cómo hacer una pregunta, pero, ¿realmente sabemos qué tipo de pregunta va a solicitar la información que queremos? Debemos aprender cómo hacer preguntas abiertas y usarlas más que las cerradas.

Una definición sencilla es que una pregunta abierta no se puede contestar con un «sí» o un «no», o con otras palabras monosilábicas. Mientras que la pregunta cerrada no dirige a nada más, la pregunta abierta abre el camino para más conversación. Así que queremos lanzar preguntas al aconsejado que le causan examinar a su propia vida. Queremos que él nos cuente de los acontecimientos de su vida, de sus sentimientos, emociones y reacciones. Nuestras preguntas deben extenderle la invitación de abrir su corazón a nosotros. Las preguntas que le hagamos y los comentarios que hagamos deben darle la confianza de que puede desenmascarar las partes íntimas de su vida.

Aunque las preguntas que usamos pretenden buscar información privada, a veces delicada y personal, nunca deben ser bruscas, abrumadoras, ni insistentes. El deseo nuestro es ayudar al aconsejado, no engañarle a decirnos lo que no quiere decir. Debemos asegurarle que nunca tiene que responder a una pregunta que no quiera contestar. Es posible que vayamos a regresar a la misma pregunta en otra ocasión, o aun que vayamos a hacer otra pregunta buscando la misma información, pero jamás debemos insistir en una respuesta. Nuestras preguntas son abiertas, que inviten a la persona a compartir la información que quiera con nosotros. Pretenden dirigir la conversación. Pero no son trampas, controladoras ni manipuladoras.

Es más importante que el consejero piense bien en las preguntas que quiere hacer al aconsejado no tanto que piense en las explicaciones, direcciones y requerimientos que le quiere dar. Por medio de las preguntas queremos penetrar, poco a poco, a la profundidad del «témpano de hielo», que es la personalidad del aconsejado. Hacemos esta penetración, no para satisfacer

nuestra curiosidad, ni para demostrar nuestra sabiduría y competencia como consejeros. La única motivación válida para penetrar a la profundidad íntima de otra persona es ayudarle a entenderse a sí mismo y permitir al Espíritu Santo revelar cómo depende de sí mismo en vez de a Dios. Y fíjese, todo es la obra del Espíritu Santo. Nuestras preguntas dirigen los pensamientos del aconsejado, pero él abre su corazón bajo la convicción del Espíritu Santo. Por eso necesitamos paciencia, el Espíritu Santo va a manifestar las necesidades del corazón en su tiempo, no a la nuestra. El Espíritu Santo va a demostrarle su falta de dependencia en Dios, no nosotros. El Espíritu Santo va a enseñarle la manera en que trata de satisfacer sus propios anhelos, disfrazar la carencia de su propia vida y manipular la vida. Unas buenas preguntas de parte del consejero ayudan al aconsejado a pensar conscientemente en estas partes de la vida, que normalmente son subconscientes.

Tal vez una de las situaciones más incomodas, y más difíciles para el consejero novato es manejar el silencio por parte del aconsejado. Vivimos en un mundo lleno de ruido. La mayoría de nosotros tendemos a llenar el silencio con algo. Si estamos en un salón con nadie, prendemos un radio o tocador de discos compactos. Si hay más que treinta segundos de silencio en una conversación decimos algo solamente para llenar el silencio. En la consejería tenemos que controlar estos impulsos.

El silencio es la falta de sonido, no es un vacío total. Si el aconsejado está hablando de algo, y abruptamente calla, o le preguntamos algo y no responde nada, a lo mejor está pensando. En el silencio puede haber mucha actividad mental, emocional y espiritual. Hay que tener cuidado de no robar al Espíritu Santo las oportunidades de comunicar al alma y no hablar cuando debemos mantener el silencio. Es fácil pensar que el aconsejado no entendió una pregunta cuando no responde rápidamente, pero si hemos construido una buena pregunta abierta, es más probable que el silencio quiere decir que los pensamientos del individuo están penetrando a niveles personales profundos y escondidos. Deje al Espíritu Santo hacer la obra necesaria.

Hemos dicho que debemos usar preguntas abiertas que pretenden invitar al aconsejado a examinar su propia vida y entender sus propias maneras de reaccionar a la vida que carecen de dependencia de Dios. Pero, ¿qué áreas de la vida queremos considerar con las preguntas? ¿Hay una guía, o lanzamos una lluvia de preguntas sin ton ni son?

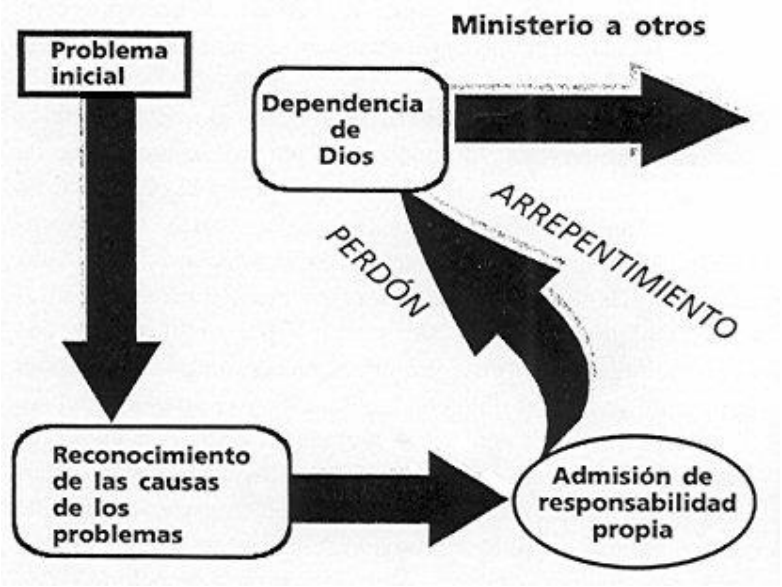
Al principio cuando hablamos con alguien sobre algunos problemas de su vida, lo mejor es preguntarle sobre lo que ha pasado, buscando entender lo que realmente es el problema. Es crucial durante este tiempo establecer la confianza con el aconsejado. Hay que evitar la tentación de dar soluciones inmediatas

cuando alguien nos cuenta de un problema. Recuerde que soluciones rápidas son superficiales y no llevan a cambios profundos ni al crecimiento espiritual. Entonces, en el principio es menester intimarnos lo más posible con la situación y el problema actual.

Luego queremos penetrar a las áreas del dolor de la vida. Una manera de hacer esto es preguntar sobre los sentimientos, emociones y reacciones internas acerca del problema que actualmente padece. Mientras que el aconsejado responde sobre sus emociones y sentimientos, observe cómo comunica la emoción. ¿Trata de evitarla? ¿Aparenta que no siente nada, cuando habla de situaciones dolorosas? ¿Usa el llanto y otras manifestaciones de emoción para distraer la atención de lo que realmente siente?

Otra forma de empezar a penetrar estas partes escondidas de la vida es preguntar sobre el pasado. Si el aconsejado nos cuenta de una circunstancia dolorosa o problemática en su vida, podemos preguntarle si recuerda otras situaciones semejantes, u otras ocasiones en que se ha sentido igual. Durante estas conversaciones siempre queremos llevarle a entender un poco más sus propias emociones y no tratar de evadir las cosas dolorosas de su vida. Son los intentos de evadir el dolor y enmascarar su necesidad que estancan su vida e impiden su crecimiento espiritual.

Vamos a regresar a una figura que ya vimos antes, en el capítulo 11, para recordarnos el proceso que pretendemos seguir con las preguntas y escuchar las respuestas.



No temamos de pasar tiempo en la etapa de reconocimiento de las causas de los problemas, o sea la exploración del dolor de la vida. Esto es el pozo pudridor de donde brotan los problemas, malas costumbres y rupturas de la vida. Pero, cuando ya es evidente que el aconsejado está tratándo con esta faceta de su vida

es tiempo de empezar a dirigirle a pensar en su propia responsabilidad en todo esto. El arrepentimiento no viene por medio de reconocer el dolor de la vida, sino por comprender y admitir lo que él mismo ha hecho en respuesta a este dolor. Tiene que empezar a reconocer cómo ha tratado a resolver sus problemas sin Dios, cómo ha sido autosuficiente en vez de dependiente de Dios, y cómo ha vivido con la autoprotección, máscaras y disfraces. Unas preguntas sobre sus reacciones a la vida y la presencia de Dios en todo esto normalmente llevará al cristiano a pensar en cómo ha ignorado a Dios. Por supuesto, la primera etapa del arrepentimiento para el no cristiano es creer en Jesucristo y hacerle su Señor y Salvador. A mí me gusta usar preguntas sencillas que causan a la persona a reflexionar un poco. Por ejemplo: si el aconsejado está contando sobre un acontecimiento doloroso y feo, el consejero puede preguntarle: «¿Y dónde estaba Dios, cuando esto pasó?» Entonces, déjelo allí. Ya usted ha sembrado la semilla para reflexionar. Use cualquier oportunidad para inyectar preguntas sobre lo que hace el aconsejado por costumbre, y lo que permite a Dios hacer. Mas confíe en el Espíritu Santo. Me he sorprendido varias veces, cómo yo solamente he hecho unas preguntas sencillas sobre los hábitos de reaccionar del aconsejado, y la falta de depender de Dios, y de repente, el aconsejado está contándome cómo acaba de reconocer que ha ignorado a Dios durante toda su vida, cómo ha tratado de manejar la vida por sí mismo, etc., etc. ¡Cuán fiable es el ministerio del Espíritu Santo!

Ya una vez que el aconsejado reconozca de verdad su propia responsabilidad, viene pronto el verdadero arrepentimiento. Si no hay arrepentimiento la persona está resistiendo al Espíritu Santo, y debemos pasar más tiempo explorando el dolor de la vida y su responsabilidad. Cuando el aconsejado empieza a caminar el camino del arrepentimiento y vivir así, está listo a que le dirijamos a perdonar y ministrar a otros. Ahora, el corazón está abierto, quebrantado, podemos con cuidado y sensibilidad dirigirle. Necesita pensar en los daños de la vida, y perdonar. Necesita quitar sus ojos de sí mismo para ver la necesidad de otros.

Mientras aconsejamos a alguien, las actividades más importantes son escuchar y preguntar, pero hay la necesidad de también afirmar (confirmar, apoyar, alentar) y de confrontar. En los próximos dos capítulos consideraremos estas dos labores esenciales.

Capítulo 14

Afirmar

Regresemos por unos minutos a unos conceptos anteriores de este libro. ¿Cuál es el primer fundamento bíblico de la consejería bíblica? Es la dignidad de la humanidad, ¿verdad? Cada ser humano tiene una dignidad intrínseca porque es un ser humano. Cada persona tiene un valor inherente por ser creado a la imagen de Dios. Todo hombre es valioso porque fue creado con propósitos divinos; el propósito de multiplicar y señorear en la tierra, y el propósito de relacionarse con Dios y los otros seres humanos.

Desgraciadamente por la entrada del pecado y la condición depravada de la raza humana, esta esencial dignidad ha sido estropeada, ensuciada y corrompida. El pecado ha distorsionado las percepciones y capacidades del hombre, y ahora no se ve a sí mismo como la hermosa imagen de Dios, sino ha desarrollado una negativa autoimagen esencial.

Como consejeros y discipuladores tenemos el gran privilegio de llamar a personas una vez más a la dignidad. Estamos cooperando con el Espíritu Santo en la restauración de la vida a la intención original divina. Hay varias maneras en que procedemos para cumplir esto. En los últimos dos capítulos hemos visto los papeles del escuchar y preguntar.

Mientras que estamos preguntando, escuchando y platicando, busquemos oportunidades de afirmar la dignidad básica y el progreso y crecimiento del aconsejado. Recuerdo la pregunta persistente de una aconsejada mía. Cada momento ella me preguntaba: «Gordon, ¿estoy progresando, estoy mejorando?" Ahora, esta mujer tenía dificultades mentales y a veces actuaba de manera infantil. Ella tenía problemas siempre de buscar la aprobación de cada persona en su vida a cualquier costo y esto influía mucho en su petición tan petulante. Sin embargo, su interrogante nos señala una necesidad esencial de cada persona y especialmente de cada aconsejado. La persona recibiendo consejos, el discípulo necesita el apoyo personal. Necesita ver su propio progreso y tener la confianza de que Dios está obrando en su vida. Requiere la seguridad que su vida está cambiando y que existe la esperanza de vivir abundantemente en Cristo. Por la naturaleza de la consejería pasamos bastante tiempo hablando de problemas, conflictos y dolor, el aconsejado necesita luz al final del túnel. Sin el ánimo de ver que el proceso vale la pena el aconsejado no tiene la esperanza necesaria para proseguir hasta el fin, el discípulo no tiene la confianza de seguir a Cristo a pesar de los obstáculos, fallas y luchas. Así, debemos buscar oportunidades de afirmar la dignidad del aconsejado y apoyar su progreso.

¿Quiere esto decir que debemos ignorar los fracasos, justificar la inmadurez o pasar por alto el pecado? ¡Jamás! En el siguiente capítulo veremos que el confrontar es de igual valor que afirmar. Pero, aun en confrontar el pecado y señalar los errores hay que dar esperanza. Cristo vino y murió para darnos esperanza. La senda del discipulado es dura pero hermosa. El camino de la consejería personal no es fácil pero vale la pena. Ver el progreso, recordar de dónde ha llegado, y entender hacia dónde va, da al aconsejado el ánimo para llegar.

Entonces, ¿qué tipo de cosas debemos aplaudir en la vida del aconsejado? Celebremos las victorias pequeñas y los cambios minúsculos. Para nosotros, quizá no es gran cosa que el alcohólico no bebe por dos días, pero para él es un gran triunfo. Hay dos maneras en que podríamos responder al alcohólico que nos dice que no ha tomado por dos días completos. Una es decir algo como: «¿Qué, solamente dos días sin beber? Tú eres cristiano, ¡nunca debes beber!» O bien: «¡Qué bueno! Gracias a Dios por su poder en tu vida. Has llegado a dos días, estoy seguro de que, con el poder de Cristo, puedes lograr tres». La primera respuesta desanima y quita la esperanza. El consejero que responde así, puede esperar que el aconsejado pronto regresará a su alcoholismo. Pero la otra anima, da esperanza y muestra al aconsejado la posibilidad de vencer aún más. Cuando es obvio que el aconsejado está actuando en serio, busca cambiar y quiere trabajar en las áreas de su vida que necesita cambiar, debemos darle todo el apoyo que podamos.

La afirmación siempre debe ser honesta y basada en la realidad. El progreso que apreciamos puede ser minúsculo, pero debe ser verdadero progreso. La afirmación es un elemento importante en la consejería, pero no vale la pena inventar cosas que podríamos apoyar que no son reales. Tal tipo de tratamiento del aconsejado no lo respeta, le trata como un niño, y refuerza la manipulación en las relaciones, en vez de integridad y honestidad.

Debemos siempre modelar al aconsejado la rectitud e integridad relacional. Así, siempre debemos demostrar respeto. En unos casos es difícil respetar, pero hay que recordar que aun el más miserable alcohólico, el más pervertido abusador de niñas, y el vagabundo más destituido son todavía criaturas de Dios, creados a su imagen. Lo primero que apoyamos en la persona que ya ha llegado al final de sus propios recursos y busca la ayuda, es esta misma búsqueda de ayuda. Requiere un coraje tremendo reconocer que uno necesita ayuda y buscar tal ayuda.

Pero debemos reconocer que muchas personas que necesitan consejos son hábiles en manipular. Si el aconsejado puede engañarnos para que le felicitemos, sin realmente cambiar nada; probablemente lo va a hacer. Si puede

convencernos de alinearnos con él en sus conflictos relacionales, lo va a hacer. El camino hacia la sanidad mental, relacional y espiritual es un camino difícil. El discípulo que estamos asesorando se va a cansar, a veces va a resistir los cambios que tiene que realizar, y muchas veces va a tratar de solucionar sus propios problemas fuera de Dios. Hemos de tener cuidado en no apoyar tal tipo de comportamiento. Como dice el señor Jesucristo, debemos ser tan prudentes como serpientes y tan sencillos como palomas (Mateo 10:16). La dignidad del hombre, y su honesta búsqueda de cambiar y crecer debe ser apoyada. El pecado, la manipulación, la mentira y la evasión de su propia responsabilidad deben ser confrontados. Así, el otro elemento esencial de la consejaría es la confrontación. Consideraremos esto en el siguiente capítulo.

En los círculos evangélicos conservadores existe la tendencia de esperar cambios radicales e inmediatos de los nuevos convertidos. Gracias a Dios, cuando Jesús entre a la vida el Espíritu Santo mora en tal vida y empieza a cambiarla. No hay duda de que ya la persona es una nueva criatura, las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas (2ª Corintios 5:17). Sin embargo, demasiadas veces esperamos el comportamiento maduro de parte de un nuevo bebé espiritual. Tenemos la idea que todos sus hábitos y costumbres pecaminosos van a desaparecer inmediatamente. Pero la realidad es que muchas veces la lucha con el pasado es fuerte, duro y largo. Debemos tener paciencia con aquellos que discipulamos, aconsejarles bien, y apoyar su progreso espiritual. La afirmación de su dignidad, el apoyo de su progreso y la confrontación de su pecado son todas partes importantes de la ayuda que debemos brindarle.

Capítulo 15

Confrontar

Sería cosa espléndida si la consejería fuera solamente cuestión de hacer unas preguntas, escuchar las respuestas, reflexionar con el aconsejado un poco acerca de su vida, afirmar su dignidad, y de repente la persona esté viviendo como un buen discípulo de Cristo; maduro, creciendo, sano en sus relaciones y correcto en sus pensamientos. Lamentablemente no es así. El discipulado es un proceso de crecimiento espiritual, de cambios personales pequeños y de altos y bajos emocionales, relacionales y espirituales. Como consejeros y discipuladores debemos dirigir, pero los aconsejados y discípulos no siempre quieren seguir.

Hay que recordar que el aconsejado es un ser humano, no una máquina que podemos programar según nuestro propio gusto. A veces, veremos cosas en la vida del aconsejado que necesitan cambiar, pero el aconsejado no va a cambiar muy rápido, o quizá nunca. Veremos maneras en que el aconsejado está obstaculizando la sanidad de sus propias relaciones, e imposibilitando su propio crecimiento. Observaremos pecado, mentiras o manipulaciones en la vida del aconsejado. ¿Qué debemos hacer en tales ocasiones? No podemos afirmar estas cosas. Solamente por escuchar al aconsejado no le va a corregir y nuestro silencio podría ser interpretado como aprobación de sus acciones. Y aunque le preguntemos acerca de sus acciones y tratemos de explorar sus motivaciones, parece que no puede verse a sí mismo. ¿Qué haríamos?

Otro elemento de la consejería que debemos utilizar con cuidado y discreción es la confrontación. Hay comportamientos, actitudes, ideas y decisiones que no podemos afirmar, y por más que le preguntemos y conversemos acerca del asunto el aconsejado no verá la verdad y no cambiará. En tales momentos es necesario confrontar. No es ayuda, respeto ni amor si permitimos al aconsejado continuar siempre en hábitos pecaminosos, costumbres dañinas o actitudes rebeldes.

Entonces, ¿exactamente cuáles son las cosas que debemos confrontar? ¿Cómo podemos saber cuándo no debemos preguntar más y que es tiempo para enfrentarse con el problema? Cuando el aconsejado está viviendo en pecado no debemos aprobar su comportamiento ni mantenernos callados frente a la desobediencia de la Palabra de Dios. Aunque debemos preguntar y tratar de explorar los motivos detrás del comportamiento pecaminoso, no podemos ignorarlo. Hay que reconocer que la persona que está continuando en el pecado no va a crecer, ni está caminando hacia el conocimiento de Dios. Aunque el aconsejado dice que quiere cambiar, y el discípulo dice que quiere crecer;

mientras que está practicando el pecado como costumbre y continúa con hábitos perjudiciales, lo que dice es mentira. Por ejemplo: el hombre que dice que quiere mejorar su relación con su esposa, pero todavía mantiene una relación adúltera, visita a prostitutas, usa la pornografía y practica la masturbación, miente a sí mismo, a su esposa, al consejero y a Dios. Continuar aconsejando a tal persona sin hacer frente a su pecado sería nada más que jugar juegos insensatos. ¡Hay que confrontar al pecado!

También debemos confrontar cualquier situación o conducta que es dañina a la misma persona u otros. Jamás pasemos por alto el abuso. Si el aconsejado está abusando de alguien es menester ser firme, directo y fuerte en contra de tal actividad. Es importante no solamente hablar en contra del abuso, sino también tomar medidas para asegurar que el abuso termine. Si esto incluye separando el aconsejado de la persona que está abusando por un tiempo determinado, debe hacerlo. Especialmente en casos de un marido que abusa de su esposa, es efectivo hacer un contrato en que el esposo tiene que estar separado completamente de su esposa durante un periodo de tiempo. Durante la separación él tiene que asistir a la consejería regularmente, tiene que proveer para las necesidades de su familia, pero no les puede visitar. No le daremos derechos de visita hasta que demuestre cambios de actitud, y no puede vivir de nuevo con su familia hasta que haya demostrado por un tiempo (varios meses por lo menos) que realmente ha cambiado. Tal tipo de acción no es fácil, ni será muy admirado por muchas personas, aun personas de la iglesia. Sin embargo, demuestra la seriedad del comportamiento abusivo, comunica nuestra fuerte postura en contra de tal conducta y es necesario para cambiar la situación. Si no estamos listos para tomar las medidas necesarias para que haya verdaderos cambios en la vida del aconsejado y de los suyos es mejor no aconsejar.

Si el aconsejado nuestro es el recibidor del abuso, hay que tomar medidas para ayudarle a él o a ella a escapar de la situación abusiva. Esto incluye estar disponible a proveer vivienda y recursos para la esposa abusada y sus niños, o encontrar a alguien que puede proveer estas necesidades. De todos modos es menester enfrentarse con situaciones de abuso. Esto no es fácil, ni agradable. Pero Dios no nos ha llamado a aconsejar a personas y discipularlos para nuestra propia conveniencia.

¿Qué más debemos confrontar? Bueno, el egoísmo siempre estanca el crecimiento espiritual. Primeramente debemos tratar de ayudar al aconsejado a ver su propio egoísmo por medio de nuestras preguntas y conversaciones acerca de su vida. Pero si el egoísmo continúa hay que confrontarlo directamente. También debemos señalar la continuación de la autoprotección, la autosuficiencia, la falta de dependencia en Dios, los hábitos de la vida y patrones

de relacionarse que obstaculizan el crecimiento, imposibilitan los cambios y estancan la vida.

La próxima pregunta es: ¿Cómo debemos confrontar?

Parece que hay pocos de nosotros que naturalmente sabemos cómo hacer frente al mal comportamiento de otros, ni nos gusta hacerlo. Ahora bien, dado que es parte integral del ministerio de aconsejar y discipular, las siguientes sugerencias nos pueden guiar.

Aunque debemos estar siempre alertas para las cosas en la vida del aconsejado que podemos apoyar, no es así con la confrontación. No entremos en una relación de consejería buscando lo que debemos corregir, vigilantes para oportunidades de confrontar.

El consejero no es la policía del aconsejado ni tampoco el discipulador es el vigilante del discípulo. Busquemos todas las maneras posibles de ayudar al aconsejado a ver los errores de su propia vida. Ayudémosle a examinar sus propios pensamientos para entender por sí mismo que no son correctos. Recordemos que uno está mucho más dispuesto a cambiar cuando ve la necesidad de cambiar que por solamente oír de otra persona que necesita cambiar. Sin embargo, como hemos visto antes, hay situaciones y cosas en que no podemos evitar la confrontación directa.

La clave de la buena confrontación es exactamente ésta. La confrontación debe ser directa, en privado y debe dirigirse solamente al problema que necesitamos confrontar. Nuestras palabras deben demostrar la seriedad del comportamiento que tiene que cambiar, pero nuestra manera debe demostrar el amor y respeto para el aconsejado. Trata de enfrentar el problema de una manera que no invita ni permite argumentos y larga discusión. En las actividades de preguntar, escuchar y conversar invitamos mucha discusión y queremos explorar juntos las situaciones de la vida. La confrontación no es así. En el momento cuando sea necesario confrontar estamos ejerciendo nuestra autoridad en la vida del aconsejado. ¿Qué nos da tal autoridad? Bueno, el hecho de que el aconsejado nos ha pedido consejos, o el discípulo está buscando el discipulado de nosotros. Como hermanos en Cristo buscando el crecimiento y edificación espiritual del aconsejado tenemos autoridad espiritual en su vida. Nos ganamos el derecho de utilizar tal autoridad por amar al aconsejado, pasar tiempo con él y orar por él. Por medio de la autoridad debemos decir lo que necesitamos decir, y no caer en la trampa de argumentos, discusión y debate.

El temor más grande que experimentamos cuando tenemos que confrontar es el temor que ofenderemos al aconsejado, y él no va a aceptar más consejos de nosotros. Aunque es muy posible que esto pasará no debemos temer a esto.

En varias ocasiones en los Evangelios vemos a Jesús reprendiendo a sus discípulos. Es una parte ocasional y necesaria de los ministerios de enseñar y aconsejar. Si el aconsejado se aleja de nosotros es más cuestión de que sabe que tenemos razón, pero no quiere cambiar. No podemos obligarle a los cambios, ni podemos requerir a nadie a continuar y recibir la consejería.

Excepto en los casos en que el bienestar o la vida de alguien está en peligros, debemos posponer la confrontación hasta que haya confianza con el aconsejado. Es más fácil recibir corrección y actuar en base a ella por parte de alguien que sabemos que nos ama. Hay que demostrar la veracidad de su amor y compromiso antes de confrontar su mal comportamiento. Él necesita saber sin duda que le ama, antes que pueda aceptar que no está de acuerdo con algún comportamiento o actitud en su vida.

Si confrontamos algo, y no hay cambios, tenemos que tener el compromiso de continuar a señalar el asunto con paciencia hasta que haya cambios. También por medio de tareas podemos ayudar al aconsejado a hacer los cambios necesarios.

Esto concluye la discusión de las principales actividades de la consejería. Escuchando debe consumir la mayor parte de la consejería, hacer buenas preguntas abiertas guía lo que vamos a escuchar, mientras que conversamos con el aconsejado debemos afirmar su dignidad y apoyar su progreso y cuando sea necesario debemos confrontar los comportamientos y actitudes negativas con el proposito de fomentar el cambio.

En el siguiente capítulo consideraremos unas sugerencias para las sesiones de consejería, y unos avisos sobre el ministerio de aconsejar.

Capítulo 16

Advertencias

y precauciones

La consejería es un ministerio importante, necesario y gratificante. Además es un ministerio que el pastor y el obrero cristiano no pueden evitar. Pero no es un ministerio fácil. Muchas veces el consejero se siente que está aconsejando sin preparación adecuada y que le falta sabiduría y conocimiento en la situación particular que le hace frente. Agregado a esto, es un ministerio que se cansa y que tiene sus trampas, peligros y tentaciones. ¡Gracias a Dios que tenemos al Espíritu Santo para guiarnos y enseñarnos!

En este penúltimo capítulo veremos unas sugerencias de actividades que pueden ayudar al aconsejado a comprender y hacer los cambios necesarios. También, advertiremos acerca de algunas de las trampas, peligros y tentaciones particulares en la consejería.

Hemos visto que hacer preguntas abiertas y bien dirigidas y escuchar las respuestas ocupa mucho del tiempo en la consejería. Hemos dicho que es mucho más importante que el consejero escuche que mande. Señalaremos que hay una tentación y un peligro al tratar de controlar la vida del aconsejado. No obstante, es obvio que la mayoría de las personas no cambian sus vidas solamente por hablar y ser escuchado. La salud mental, espiritual y relacional no viene solamente por medio de la plática. Hay ocasiones en que necesitamos otras maneras de dirigir los pensamientos y comportamiento del aconsejado.

Hay momentos en que podemos sugerir ideas de lo que nos parece que está pasando en la vida de la persona. Podemos hacer observaciones sobre lo que a nuestro parecer podría ser el problema en una situación o una mala relación. Podemos sugerir actividades que la persona podría intentar que pretenden afectar cambios y podemos requerir tareas que la persona debe cumplir. Como vimos en el último capítulo podemos y debemos hacer frente al mal, conducta, actitudes dañinas y comportamientos perjudiciales. Todas estas actividades deben tener los propósitos de explorar la naturaleza del problema juntamente con el aconsejado, para ayudarle a entender a sí mismo mejor y para abrir su vida al ministerio sanador del Espíritu Santo. No deben tener el objetivo de darle una solución rápida, superficial y de poco beneficio.

Cuando observamos cosas en la vida del aconsejado que le contamos y le sugerimos ideas de lo que podría ser el problema, es mejor reflexionar con el

aconsejado sobre lo que nos parece de la situación actual que tratar de analizar los motivos detrás de la situación. Es decir, es mejor explorar los posibles acontecimientos del pasado y sus ramificaciones en el presente por medio de preguntas que sugerir a la persona lo que podría haber pasado. Por ejemplo: hay en el mundo de la consejería y psicológico un fenómeno controversial que se llama el síndrome de memorias suprimidas.

Es controversial porque todavía no ha sido probado científicamente que tal síndrome existe, y porque hay consejeros y psicólogos que han hecho daños tremendos en las vidas de sus aconsejados y familiares por un mal uso de esta posibilidad. El supuesto síndrome es la supresión de memorias malas como del abuso o traumas en la niñez que la persona no recuerda conscientemente, pero todavía existen en el subconsciente. Ahora, es posible que haya personas que sufren de este tipo de memoria suprimida. Pero hay consejeros que han sospechado esto y le han dicho al aconsejado que es obvio que hubo abuso en el pasado, y que tiene que recordar lo que le pasó y por parte de quién. Así, al tratar de recordar «lo que pasó» (cuando no es cierto que haya pasado), hay aconsejados que han acusado a sus padres de abuso sexual, etc. Es posible que algo haya pasado, pero no es cierto, y hay hogares que han sido desbastados y familias destruidas por falsas acusaciones. Hay ocasiones en que vamos a tener nuestras sospechas sobre los acontecimientos del pasado. Podemos preguntar de tal manera que invite al aconsejado a recordar el pasado, e invitarle a hablar de las cosas escondidas de su historia personal. Pero debemos confiar en que el Espíritu Santo va a ayudar a la persona a recordar lo que necesita recordar, sin las sugerencias o intervención nuestra. Un aconsejado es muy susceptible a cualquier sugerencia de parte de su consejero, y fácilmente podría «recordar» cosas que nunca pasaron. Por eso debemos limitar nuestras sugerencias y observaciones a la situación actual y al comportamiento y pensamientos actuales del aconsejado. Exploremos el pasado, sus posibilidades y consecuencias por medio de preguntas. Con estas preguntas hay que tener cuidado de no sugerir o presionar al aconsejado a “recordar” lo que queremos que recuerde.

Es útil asignar tareas al aconsejado que le van a ayudar reflexionar sobre la naturaleza de sus problemas, y propia contribución a ellos. También usemos tareas que pretendan ayudar al aconsejado a reconocer y entender sus propias emociones. Algunas tareas que podríamos utilizar son: mantener un diario privado en el cual el aconsejado recuerde sus propios sentimientos, emociones y reacciones en las circunstancias de la vida, escribir sus recuerdos sobre ciertos acontecimientos del pasado, y escribir una lista de las personas que necesita perdonar juntamente con la ofensa que debe ser perdonada, leer buenos libros que el consejero le recomiende, leer pasajes de la Biblia recomendados por el

consejero, y en privado orar en voz alta, expresando a Dios sus sentimientos reales, sin esconder nada. Como consejeros podemos ser creativos y buscar tareas propias a la situación. Lo primordial es que escojamos tareas que pretendan ayudar a la persona a identificar sus propias emociones, reacciones, motivaciones, autoimagen esencial y dolor de la vida. Cuando la persona empiece a entender estas cosas y tome la responsabilidad de sus propias decisiones y acciones, las soluciones empezarán a mostrase al mismo aconsejado. Así la meta de la consejería bíblica no es tanto la solución rápida del problema inmediato, sino el crecimiento y madurez del discípulo de Cristo.

Hay varias trampas particulares para aquellos que están en el ministerio, y especialmente para los que aconsejan. Algunos de estos peligros son más obvios que otros. Es menester que el consejero esté consciente y pendiente de los riesgos que hay.

Probablemente uno de los peligros más manifiesto, poderoso y común es el peligro de la inmoralidad sexual. Hay aquellos pastores y otros consejeros que han tomado la decisión de nunca aconsejar a alguien del otro sexo. Esta decisión es admirable, pero no siempre factible. Hay situaciones en que una mujer necesita hablar con un hombre, o en que un hombre necesita platicar con una mujer. La realidad para la mayoría de pastores en América Latina y otras partes del mundo es que más de la mitad de sus congregantes son mujeres. No se puede ignorar las necesidades de estas personas ni rehusar pastorearles solamente porque son del otro sexo. Y la triste verdad es que más mujeres buscan la consejería con mucha más frecuencia que los hombres, y generalmente son muchas más abiertas a cambios en sus vidas, más sensibles a necesidades relacionales, y más deseosas de buscar ayuda cuando haya problemas personales y relacionales. Todo esto quiere decir que la mayoría de aquellos que aconsejan van en alguna ocasión a aconsejar a una persona del otro sexo.

Si no es siempre posible no aconsejar a los del otro sexo, ¿cuáles precauciones debemos tomar? Para los consejeros casados, involucre su cónyuge lo más que sea posible en estas situaciones. No es siempre posible para una esposa del pastor estar presente en las sesiones de consejería de su esposo, y su presencia podría violar la confidencialidad de la consejería. Pero el esposo sabio va a asegurar que su esposa sepa a quién está aconsejando, dónde y cuándo. Por razones de guardar la confidencialidad no es necesario ni recomendable repetir la conversación que tiene con la aconsejada, ni contar los problemas de la aconsejada a su esposa. Pero su esposa debe tener la confianza de que su esposo va a decirla sobre cualquier cosa que pase durante el tiempo de la consejería. La aconsejada debe saber que la esposa del consejero sabe que él está aconsejándola, y que él va a guardar su confianza, pero reportar cualquier

cosa que pudiera pasar. Es recomendable aconsejar en un lugar que guarda la confianza de lo que dicen, pero que tiene ventana, y da la oportunidad para cualquier persona que pase a ver lo que ocurre adentro. No es recomendable aconsejar en la iglesia a solas con la aconsejada, ni tampoco en uno de los hogares (del pastor, o de la aconsejada). Si no se puede tener a alguien en la iglesia, o si la iglesia está en el hogar del pastor, es mejor ir a un parque, un restaurante quieto o un centro comercial. Hay que guardar contra la posibilidad de caer en la tentación y contra cualquier sospecha o acusación. Es deplorable, pero la verdad es que vivimos en un mundo lleno de inmoralidad. Las presiones sexuales nos bombardean de todos lados, y la gente tienden a sospechar de cualquier contacto entre un hombre y una mujer en que no es indudable que no hay impureza. Hermano, pastor, ¡es mejor errar en el lado de la seguridad que arruinar su ministerio, familia, iglesia y vida!

Hay otros peligros no tan obvios que también amenazan el ministerio del pastor u otra persona que aconseja. La consejería puede ocupar mucho tiempo. Es menester que el pastor maneje bien su tiempo. No debe permitir que algunos necesitados dominen su tiempo y así descuidar a todo el resto del rebaño. Es importante concentrar sus esfuerzos de la consejería en aquellos que realmente quieren crecer y demuestran el compromiso de caminar en los caminos de Dios. Tengan cuidado de aquellos que solamente quieren que el pastor solucione todos sus problemas. Una vez que usted ha «solucionado» un problema tendrán otro. A este tipo de personas les gusta tratar de saciar sus anhelos profundos por la atención que reciben del pastor o consejero. ¡Cuidado!, porque la tentación para el consejero es sentirse importante por «ministrar» a tales personas. Mientras que animamos al aconsejado a examinar sus motivos, es vital examinar lo que nos motiva a nosotros.

Otra trampa es tratar de cumplir los deseos expresados del aconsejado cuando nos dice que quiere que le diga lo que debe hacer. Muchas veces el aconsejado no quiere pasar el trabajo largo y duro que es necesario para llegar a cambios reales. Quiere que le digamos lo que tiene que hacer para solucionar el problema rápido, fácilmente y sin dolor. No busca a un consejero, sino a un mago. La tentación en tal situación es decirle unas cosas «sabias», decirle lo que pensamos que es el problema y lo que él debe hacer. Así «solucionamos» el problema, el aconsejado está satisfecho e impresionado con nosotros, y todos somos felices. El problema es que nada cambia y en poco tiempo el aconsejado va a encontrarse con el mismo problema, o aun problemas peores. No ha crecido ni ha madurado como discípulo de Cristo. Con frecuencia las personas a quienes aconsejamos van a expresar el deseo que les digamos lo que deben hacer y que les demos la solución de su problema. El amor a Cristo, el respeto para el

aconsejado y la humildad personal nos dictan que no lo hagamos. Cuidado de no poner en cortocircuito la dura y considerable obra de aconsejar y discipular.

En la consejería existe una lucha entre lo que el consejero quiere que el aconsejado haga, y lo que el aconsejado en realidad hace. Muchas veces el consejero puede ver el problema y las posibles soluciones con más claridad que el aconsejado. El consejero por su distancia del problema y su objetividad, puede ver las consecuencias de acciones, y el valor de decisiones de manera diferente que los ve el aconsejado. Esto puede causar conflictos entre los deseos del aconsejado y las expectativas del consejero. En tales situaciones el consejero debe tener cuidado con la tentación de tratar de controlar la vida del aconsejado. Debemos siempre dirigir, avisar y amonestar cuando sea necesario.

Pero hay que recordar que el camino a la madurez para el aconsejado es responsabilizarse por sus propias decisiones y acciones. Podemos sugerir, señalar y podemos mostrar lo necesario al aconsejado, pero últimamente él tiene que tomar sus propias decisiones y vivir su vida. Tengamos cuidado de no tratar de satisfacer nuestra propia necesidad de la trascendencia por exigir la obediencia de nuestros aconsejados. No podemos tratar de ser el Espíritu Santo en la vida del aconsejado. Intentar hacerlo sería blasfemia.

Concluimos este capítulo con una lista de advertencias y precauciones que son importantes para el consejero. Estos son menesteres para cualquier persona que pretende aconsejar a otros.

1. Tenga cuidado de mantener una relación íntima y honesta con el Señor.
2. Tenga cuidado de mantener una relación de darse cuentas de su vida con algún hermano, o hermana en Cristo. (Hermano para hombres, hermana para mujeres.)
3. Tenga cuidado de no permitir cualquier situación en la consejería que aún da la posibilidad de actividad sexual.
4. Tenga cuidado de no aconsejar en situaciones o lugares que pueden parecer malos, o que puedan alimentar el chisme.
5. Tenga cuidado de mantener un horario que le da suficiente tiempo para el descanso personal, el desarrollo de su propia vida espiritual, de tener amistades fuera de la consejería y que le permite desarrollar la buena vida matrimonial y familiar.

En el transcurso del libro hemos comparado la consejería con el discipulado en varias ocasiones.

En el siguiente capítulo, el último, consideraremos más profundamente la idea de la consejería como la otra cara del discipulado.

Capítulo 17

El entendimiento de la consejería como la otra cara del discipulado

En el prefacio del presente libro, dejaba escritas las siguientes palabras:

> *«Yo creo con todo mi corazón que el Evangelio es eficaz para efectuar la redención y santificación de cualquier ser humano. Pongo mi confianza en la fe de que el Espíritu Santo puede transformar por completo la vida de cualquier persona que invita a Jesucristo para entrar en su vida y tomar su control. Pero todos sabemos que el nuevo convertido necesita el discipulado, que necesita crecer. Demasiadas veces en nuestro mundo moderno hay que tratar problemas confusos y difíciles antes de que la persona pueda crecer. Así, la consejería es la otra cara del discipulado. La meta es la misma, que la persona crezca como un discípulo maduro de Jesucristo, que se conforme más y más a su imagen. Este libro pretende presentar unas aclaraciones sencillas, y unas herramientas útiles para el pastor o laico que quiere ayudar a los heridos y desesperados de este mundo para llegar a ser verdaderos discípulos de nuestro Señor».*

Ya hemos llegado a la conclusión de esta discusión y nos toca contemplar si de verdad, la consejería es la otra cara del discipulado. El discipulado tiene el propósito de enseñar al nuevo convertido a obedecer todas las cosas que Jesús nos ha mandado. (Mateo 28:20). O podemos decir que la meta del discipulado es que el creyente sea maduro. Esta madurez se evidencia por la obediencia a Cristo en todo, la integridad de la vida, la sanidad mental y emocional, la vida equilibrada, y el ministrar a otros. El discipulado propone cooperar con Dios en perfeccionar la buena obra suya en la vida del discípulo hasta el día de Jesucristo, (Filipenses 1:6).

Desgraciadamente, muchos programas del discipulado se concentran solamente en los aspectos externos y superficiales de la vida. Es decir que enseñan a la persona cómo hacer las actividades que los cristianos deben hacer, cómo comportarse correctamente según la subcultura evangélica, y cómo aislarse del mundo. Pero nunca tocan el dolor profundo del alma, no afectan cambios desde las raíces de la vida. El discipulado de Cristo es un compromiso radical de toda la vida. No es agregar unas máscaras cristianas encima de las

máscaras personales que uno lleva. No es aparentar ser cristiano, es seguir a Cristo. Así el discipulado debe buscar cambios reales, profundos y duraderos en la vida del discípulo. Debe perseguir que el discípulo sea más y más conformado a la imagen de Cristo, o sea que la imagen de Dios sea restaurada más y más en él.

La consejería tiene el propósito de ayudar a la persona a vivir sana y productivamente en medio de los problemas, conflictos y necesidades de la vida. La consejería cristiana quiere que tal sanidad y productividad sea tanto espiritual como mental y personal. La consejería bíblica pretende ayudar a la persona según los principios bíblicos. Así, la meta de la consejería debe ser la madurez mental, emocional, relacional y espiritual del aconsejado.

Demasiadas veces la consejería se concentra solamente en los problemas de la persona, las explicaciones de sus problemas, y las posibles soluciones, sin prestar atención a la necesidad de crecer y madurar personal y espiritualmente. Si la consejería enfatiza el dolor de la vida sin ofrecer esperanza, señala la victimización del aconsejado a la exclusión de su propia responsabilidad, o invita a la persona a examinar su propia vida sin ver a otros; se queda como una consejería truncada. La consejería que enfoca el dolor sin esperanza, a la victimización sin responsabilidad y a la introspección sin ministerio a otros es una consejería con miopía. Falta ver la meta de la madurez, la perfección en Cristo y la restauración de su imagen.

Parece que ambos el discipulado y la consejería tienen metas iguales o muy semejantes. Parece que ambos tienen debilidades intrínsecas, y que la debilidad de uno se convierte en el esfuerzo del otro. Así entonces, parece que un enlace de los dos ministerios a uno sólo sería la manera de complementar el uno con el otro. Si nuestras iglesias pudiesen ver al discipulado como más que un programa para los nuevos creyentes antes de bautizarse, pero como un ministerio continuo de cristianos ayudando a otros cristianos a continuar a madurar en Cristo hasta que Él venga, y si pudiesen ver a la consejería como más que tratar de solucionar los problemas de la gente, sino como un ministerio de apoyo mutuo para madurar en Cristo hasta que Él venga, creo que la naturaleza de nuestras iglesias cambiaría radicalmente.

Concluyo este libro con el profundo deseo y el desafío que cada discipulador que lee este libro se vea a sí mismo como un consejero, y que cada consejero que lee este libro se vea como un discipulador. Si alguno de los lectores captaran esta visión, este libro sería un éxito.

«Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén» *(Filipenses 4:20).*

Bibliografía

***Libros consultados*:**

Allender, Dan. *Bold Love*. Colorado Springs, CO: NavPress, 1992.

Crabb, Larry. *Understanding People, Deep Longings for Relationship*. Grand Rapids, MI: *Zondervan Publishing House*, 1987.

***Libros recomendados*:**

Allender, Dan. *The Wounded Heart, Hope for Adult Victims of Childhood Sexual Abuse*. Colorado Springs, CO: NavPress, 1990.

Crabb, Larry. *The Silence of Adam, Becoming Men of Courage in a World of Chaos*. Grand Rapids, MI: *Zondervan Publishing House*, 1995.

Crabb, Lawrence J. Jr. *Principios Bíblicos del Arte de Aconsejar*. Terrassa, España: Libros CLIE, 1977.